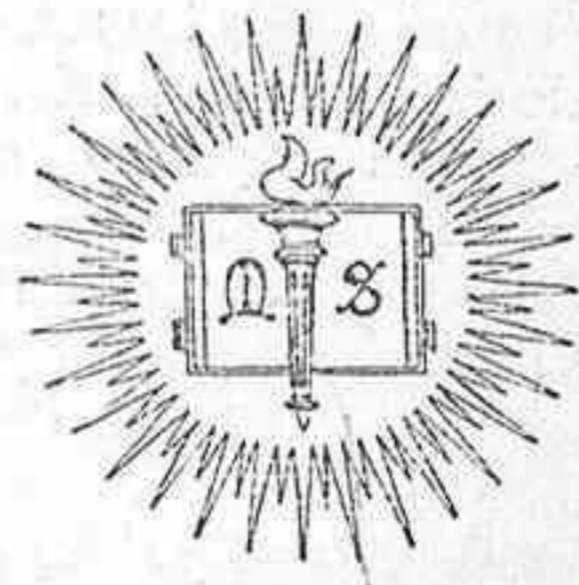


La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 8 DE DICIEMBRE DE 1913

NÚM. 1.667

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



RETRATO DE UNA JOVEN HOLANDESA pintado por Rembrandt (1608-1669)

Este cuadro forma parte de la importante colección de obras de la escuela flamenca recientemente regalada por Mr. Max Michaelis a la ciudad del Cabo a fin de que sirva de base a la fundación de una Galería Nacional del Africa del Sur

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Solterona*, cuento de Julio Bois. — *El cultivo del cacahuete*. — *Fallecimiento del obispo de Barcelona Dr. Laguarda*. — *El poeta indio Rabindranath Tagore*. — *El doctor Vincent*. — *París. La Biblioteca Thiers*. — *Obras notables de los grandes pintores miniaturistas*. — *El aviador Helen*. — *José Tapiró*. — *La boda de miss Jessie Wilson*. — *París. Saida de S. M. la reina D.^a Victoria para Londres*. — *Gil de Clairconer* (novela ilustrada; continuación). — *San Andrés de Palomar. Inauguración de la Biblioteca Pública Popular*.
Grabados. — *Retrato de una joven holandesa*, pintado por Rembrandt. — *Dibujo de Tamburini*, que ilustra el cuento *Solterona*. — *Intermezzo*, cuadro de W. V. Krausz. — *Lectura interesante*, fotografía artística de L. M. Olivares. — *Valencia. La recolección del cacahuete*. — *Excmo. e Ilmo. Sr. doctor D. Juan José Laguarda*. — *Rabindranath Tagore*. — *El Dr. Vincent*. — *París. Biblioteca Thiers*. — *Obras notables de los grandes pintores miniaturistas* (dos láminas). — *El aviador Helen*. — *El pintor José Tapiró*. — *Miss J. Wilson y su esposo*. — *París. S. M. la reina de España en la estación del Norte*. — *San Andrés de Palomar. Inauguración de la Biblioteca Pública Popular*. — *El aviador Edmundo Perreyón*. — *La notable aviadora baronesa de Laroche*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es gran cosa la ciencia, no cabe duda. Cada descubrimiento nuevo nos deja más atónitos. ¿Qué aparecerá mañana? ¿Qué nuevas sorpresas nos reserva el porvenir, y qué revelaciones se preparan tras el velo del santuario, o sea en el silencio de los gabinetes, laboratorios y clínicas? A juzgar por lo conocido, lo desconocido será tan sensacional, que nos caeremos en síncope de admiración.

Por lo pronto, los sabios (este calificativo, como nadie ignora, está vinculado en los que cultivan la Química, la Física, las Matemáticas, la Paleontología y otras ramas semejantes de los conocimientos humanos) nos han dado la grata noticia de que el mundo se enfría, irremisiblemente, y la corteza terrestre se encoge y arruga como castaña pilonga, y la nieve se dispone a erigirnos blanco mausoleo... allá dentro de unos diez mil años, no asustarse prematuramente. Y cuando nos consolamos pensando en que, por ahora, contra el frío, hay chimeneas y estufas, nos notifican que también se está acabando el carbón, que cada vez hay menos leña.

El sol por otra parte calienta menos a cada paso. Al decir a cada paso, quiero significar a cada mil años, o cosa así. Y, como no figuró entre la falange de los sabios, me será permitido declarar que, no teniendo yo mil años aún, se me figura que el sol arde menos actualmente que en mis mocedades. ¿Es aprensión? ¿Era la juventud «divino tesoro», lo que hacía efecto de sol? Ello es que mucha gente asegura lo mismo... Los inviernos son más rigurosos, llueve más, llueve a cántaros, hacia abajo y hacia arriba. No sé si esta culpa hay que achacársela a Febo, o a algún otro dios mitológico, pero todo ello ayuda a arraigar la creencia de que el planeta se enfría. El foco de sus entrañas va perdiendo intensidad. Y rara vez los volcanes encienden su pipa y la fuman con cuidadoso anhelo. En cambio, los terremotos frecuentes parecen indicar que se contrae la «corteza» de la madre Tierra. No es un conflicto tan urgente como pagar el impuesto de inquilinato o la territorial, y no obstante indica que el globo es mortal, como sus habitantes...

A bien que ahí está la ciencia para ofrecernos sus consuelos una vez más. Por si falta qué comer a la humanidad, uno de esos señores cuyo nombre está erizado de consonantes nos entera de lo sencillo que es reemplazar los alimentos, biftecs, patatas, etc., con algo hasta bonito y poético: rayos de luz; los rayos ultravioleta. Por medio de estos rayos, que contienen todas las substancias alimenticias, se criarán productos tan sabrosos y reparadores como los que hoy se venden en mercados y se sirven en fondas. En vez de pedir una libra de filete, se pedirán quinientos gramos de rayos ultravioleta, de lo más ultra, y bien pesaditos. Y habrá que ver las pantorrillas que echarán los consumidores de tan mantecoso plato.

Ya otra vez leí no sé dónde, en alguna revista con ínfulas, que estaba descubierto el modo de comer sin comer, o punto menos, y que unos cubitos de substancia concentrada, llenos de virtudes y libres de toda impureza que puede dejar residuo en los intestinos iban a destronar a los garbanzos y los pollos, a los peces y a las pastas de Italia en sopa... Con un par de cubitos, uno por la mañana y otro por la noche, cádate a una persona sostenida y fuerte como un toro, hasta el día siguiente, en que otro cubito proporciona suculento almuerzo, sin haber menester sirvientes, ni mesa, ni plato, ni cuchillo... Hay que repetir que tal sistema sería ideal. Aunque no suprimiese los residuos consabidos, suprimiría las cocineras y cocineros, y con ellos gran parte de las

tribulaciones de la vida doméstica. La idea de los cubitos abre infinitas perspectivas, todas mágicas. Me imagino unos inmensos laboratorios, donde un ejército de sabios, semisabios y pinches de sabiduría confeccionen esos cubitos, cargando la mano con lo que más convenga a la salud de los clientes, dando cubitos de verdura y pescados blancos a los artríticos, cubitos de carne roja a los tuberculosos y anémicos, cubitos de leche a los niños, y hasta de coñac a los aficionados a empinar el codo. Surge una esperanza magnífica: ¡pero si con los cubitos no habrá males!, ¡si los males se crían en el estómago y en el vientre, de imperfectas digestiones, de envenenamientos de la sangre por los residuos consabidos! En poniéndose al régimen de los cubitos, donde se contendrá lo asimilable, útil y sano de todo alimento, descartado lo dañino, se acabaron también médicos, remedios, boticas, aguas minerales, y otros accesorios del sainete fisiológico y patológico de la vida.

Espero, pues, con el interés que cualquiera adivina, a que se vendan en alguna parte esos cubitos maravillosos, y alguien me cuente que está a cubitos, y que le va tan ricamente. Por ahora, nada he vuelto a saber del gran invento.

En cambio (¿puede decirse así?) empiezan a llegar, hasta Madrid por lo menos, ciertos preparados de efecto especial. En el afán que a todo el mundo le ha entrado por cuidarse, por vivir muchos años, ha dado en correr una conseja poética de la longevidad de ciertos pueblos de Europa y Asia. Parece que esos búlgaros, a quienes Pedro Loti acaba de cantar las verdades del barquero, se viven sus cien años tan fácilmente como aquí se alcanza a los cincuenta o sesenta, y lo deben al famoso «fermento», que les limpia las cuevas donde florecen los malos microbios, que nos emponzoñan. En vista de lo cual, se ha tratado de averiguar cómo tal fermento se produce, y en Madrid lo hacen, sin que yo me atreva a afirmar que exactamente igual al búlgaro, no porque desconfie en lo más mínimo de los señores que lo fabrican y expenden, sino porque la filosofía escéptica aconseja conservar siempre una leve picazón de duda respecto a cuantas cosas existen en este bajo mundo. Sea o no idéntico al que almuerza el Zar Fernando, el fermento que se vende en Madrid es grato al paladar (hablo del *Yugur*, no del *Kefir*), y peligroso para el bolsillo, pues cuesta bastante, si se ha de tomar en proporciones curativas.

No me figuro, sin embargo, que aumente el número de los centenarios por la introducción de estos fermentos (que tal vez, en Bulgaria, se hagan con leche de yegua). El género de vida, el clima, tantas cosas influyen en este problema de la longevidad, que siempre los búlgaros tendrán más probabilidades de llegar a los ciento y pico, que los ultra-civilizados como Loti, que han sentido demasiado la vida y las ideas, removido con exceso el peso de las tristezas de la civilización.

Y en cuanto régimen original y modernista..., hablenme ustedes del Dr. Hugonencq, decano de la Facultad de Medicina de Lyon.

Modernista... a fuerza de antiguo; porque ese régimen, infalible contra toda enfermedad del estómago, es el primitivo, probablemente, que ha seguido la humanidad, cuando vagaba, errante y nómada, en busca de condiciones de existencia, al través de valles y montes, o siguiendo el curso de los ríos, poco después de haber aparecido en la superficie de la tierra, en la cual ya no habitaban monstruos como el que acaba de regalarnos (al menos su exacta reproducción) el millonario Carnegie. Todavía hoy siguen el régimen del doctor legionense no pocos hombres, en comarcas aun salvajes, y cuando se descubrió el Nuevo Mundo, el régimen persistía, no ya impuesto por la necesidad, sino por el rito religioso, y ¿quién sabe si por la gula? El doctor autoriza esta hipótesis, al decirnos que la carne humana tiene un sabor más exquisito que la de ternera, cerdo, vaca, gallina, perdiz, y que todos los salvajes que han comido de estas últimas, las han desdeñado si antes comieron carne de sus semejantes.

Ya lo oyen ustedes: para curar la dispepsia nada como esa alimentación especial, que tanto facilita las funciones digestivas, y es la más saludable de cuantas se conocen.

Yo no sé por qué conexiones, que me ocurren sin querer, este doctor me trae a la memoria a los reos de Gádor, los que sufrieron pena de muerte por haber sangrado a un niño, con cuya sangre y mantecas esperaba curarse un tísico, bebiendo la una y siéndole aplicadas al pecho las otras. No sé si hago una ofensa a la Facultad de Medicina de Lyon comparando a su decano con aquellos rudos labradores que creyeron en tal específico; pero se me figura que pertenecen ambos remedios a la misma terapéutica,

revestida en Lyon del aparato imponente de la ciencia dominadora, y envuelta en Gádor en las nieblas de la superstición más negra y medioeval.

Se pierde la imaginación en conjeturas, para inferir cómo ha podido el doctor hallar la demostración experimental de su régimen curativo. Al decir que le había llamado la atención que no hubiese enfermos del estómago entre los caníbales, parece dar a entender que residió algún tiempo entre ellos, y no se explica uno cómo no le utilizaron para un asado envuelto en hojas de banana, procedimiento el más recomendable para el costillar o la riñonada de hombre blanco. Y puesto que lograrse el doctor cerciorarse de que verdaderamente los antropófagos no sufren piroxis ni gastralgia, ¿en qué forma pudo inquirir que los blancos, comiendo del mismo manjar quedan libres de iguales achaques?

Generalmente, cuando leemos en relatos de naufragios y hambres calagurritanas de sitios de ciudades, que se ha apelado a la última extremidad, añaden que el horrible manjar ocasionó enfermedades a los que tuvieron el valor de gustarlo. Ya sé lo que el doctor objetará: ¿y en los tiempos primitivos? ¿Acaso no era uso corriente la antropofagia? ¿Y en los países donde se practica, y en los que tanto se practica? ¿Acaso es sabido que originase desórdenes en el organismo?

Yo confieso que, efectivamente, la costumbre puede borrar las repugnancias, y así como en el sitio de París los más refinados comieron caballo, mulo y peores cosas, la necesidad extrema puede llevar a otros actos que escalofrían. Y hasta voy a concederle a este señor que la carne de racional sea bocado de príncipe. En esto andan conformes los testimonios: somos muy finos y apetitosos en la sartén o en el asador. La cuestión es de otro género, y del dominio de la psicología. Por delicioso que sea el manjar, la gente está desacostumbrada. Para habituarla, habría que destruir una serie de ideas, de las cuales está formada la substancia de nuestro ser íntimo. Creemos que tenemos un alma, una conciencia, un deber de fraternidad con todo hombre; y esto no lo creemos tan sólo porque somos cristianos: esto es el avance, la conquista de todas las civilizaciones, contra todas las barbaries, desde mucho antes de la venida de Jesucristo. En la antigüedad pagana, la Musa — otra conquista del hombre — enseñó a reprobear y condenar el viejo rito, al hacer objeto de horror el festín de Atreo, donde hubo un plato que tal vez el ya citado doctor recomendase a sus clientes.

El rito espantoso fué desterrado, en nuestro Continente, desde los tiempos heroicos de Grecia. Le estaba reservado a la ciencia renovarlo.

Una vez leí una graciosa paradoja a propósito de este punto concreto (¡y tan concreto!) que no tenía otro defecto sino confundir los frenos, y querer demostrar que la antropofagia y la guerra son una misma cosa. Decía el paradojista que realmente los humanos no habían comprendido nunca el sentido de la creación. Cuando fuimos creados, la providencia, o la naturaleza, o vaya usted a saber, nos facilitó la vida del modo más sencillo y práctico, poniendo a nuestro alcance el medio de subsistir sin trabajar. Para los niños, previno alimento con la leche de las madres; para los adultos, en los cuerpos de los que mueren, o que están a punto de morir, a quienes se puede sacrificar ya sin escrúpulo. Así, el hombre viviría del hombre, y no tendría que arbitrar incesantemente recursos de nutrición; así, no se vería el caso, mucho más cruel que la antropofagia, de que un individuo de nuestra especie se muera de hambre...

Y yo temo que el doctor, de fijo con muy buena intención, origine con su teoría una serie de crímenes espeluznantes. Si dan por ahí en creer que, en efecto, es una panacea el manjar inicuo ¿quién sabe lo que podrá ocurrir? ¿Y quién sabe si, tentado por el genio de la codicia y de la gula, volverá algún pastelero a confeccionar aquellos célebres pasteles, que en Madrid, en el siglo XVII, todo el mundo se disputaba, y que — *horresco referens!* — eran del régimen del Sr. Hugonencq?

¡Dios nos asista, y el glorioso San Lorenzo, que asado en la parrilla murió, nos libre de comidas extrañas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

SOLTERONA, CUENTO DE JULIO BOIS, dibujo de Tamburini



Las penas y las lágrimas fueron debilitando día por día los ojos de la señora de Majolín

Mucha gente se pregunta por qué la señorita Angela Majolín se conforma con llegar a ser una solterona; la verdad es que está encantadora con su aire modesto, sus cabellos alisados y sus hermosos ojos negros que miran con dulzura y resignación.

Vive con su madre en un cuarto piso de la calle de Boursault, en las Batignoles, sola con su madre ciega, de la que nunca se separa. No reciben a nadie; pero aunque procuran pasar inadvertidas, cualquiera presiente que un misterio, sin duda doloroso, hace de aquella deliciosa criatura, joven todavía, una simple hermana de la Caridad que ha renunciado a todos los placeres de la tierra.

Hace cosa de treinta años, la familia de los Majolín era una de las más estimadas y ricas de Provenza; pero desgraciadamente el Sr. Majolín era jugador y, para recuperar lo que en el casino perdía, metióse en negocios desgraciados. Por añadidura, despreciado su hogar, quiso olvidar en el libertinaje sus pesares, y, al fin, cuando vió que su ruina era inminente, se suicidó.

La señora de Majolín sintióse doblemente afectada por la pérdida de su fortuna y por la muerte de aquel esposo que la había hecho sufrir, pero al que ella amaba, a pesar de todo. Mas no pararon allí sus desgracias: su hijo mayor, que siguió el funesto ejemplo del padre, acabó por alistarse en un regimiento colonial y no volvió a oírse hablar más de él; el menor, murió en un accidente de caza. La pobre mujer quedóse, pues, sola con su hija Angela, su único consuelo, en la granja de la quinta que fué suya y hubo de vender; y allí se instalaron modestamente madre e hija, viviendo del producto de algunas tierras y de los escasos restos de su fortuna. Las penas y las lágrimas fueron debilitando día por día los ojos de la señora de Majolín que, al fin, se volvió ciega.

* *

No obstante el aislamiento voluntario y la triste-

za, la belleza un tanto grave de Angela y la frescura de sus veinte años no tardaron en atraer a los jóvenes amigos de la familia. De ellos, uno mostróse particularmente asiduo: era su primo, Máximo de Grandlieu, que era el tipo perfecto del hidalgo campesino, robusto, alegre y dotado de excelentes músculos. Había terminado brillantemente sus estudios y descansaba en el campo, en espera de inaugurar la existencia más agitada y más lujosa que su fortuna le permitía.

Máximo gustó: el corazón ingenuo y tierno de Angela se abrió a aquel afecto leal. La joven sentíase inundada de una turbación misteriosa, cuando después de un vals, durante el cual el brazo del manco la había sostenido embriagada de música y felicidad, poníanse los dos a charlar unos minutos junto a la ventana y se cambiaban las flores que habían llevado ella en su corpiño y él en su frac.

Disfrutaban, además, de otros goces: los paseos lentos al través de los campos que el sol baña con su luz silenciosa. Cuando el cansancio y el deseo de contemplar más atentamente el paisaje los invitaban a descansar, deteníanse al pie de los grandes árboles, en la dulce sombra; y como sus almas eran sencillas y estaban unidas, hablaban poco.

Otras veces, cuando la enferma se quejaba cariñosamente de que la abandonaban con demasiada frecuencia, permanecían juntos en el salón claro, en donde los retratos de los antepasados los miraban con una especie de grave indulgencia.

Si Máximo tardaba en llegar, Angela salía a la escalera llevando en la mano un ramo de rosas blancas y mientras él subía ella desde lo alto deshojaba sobre él los pétalos inmaculados. Y el joven se sonreía, ante aquella graciosa lluvia, como un novio triunfante.

Sin embargo, una sombra invisible para Angela amenazaba aquella felicidad y aquellos desposorios. Máximo, alegre y gran vividor, sentía una especie de espanto en presencia de la señora de Majolín:

aquella efigie del dolor le aguaba todas sus alegrías. Era de esos hombres a quienes los pesares y los achaques de los demás ahuyentan como si de ellos se desprendiese un mal contagio. Pues bien, Angela, preocupada enteramente en su amor, no se había percatado del malestar que experimentaba Máximo cuando estaba cerca de la ciega o lo atribuía a los ardorosos y contenidos sentimientos de su futuro esposo.

Una noche, sobrevino la explicación. Hallábanse en la terraza; De Grandlieu cogió las manos de Angela y besándolas por vez primera lenta y apasionadamente, le dijo:

— Amada mía, ya es tiempo de que nuestros destinos se junten, puesto que nuestros corazones son inseparables. ¿Quieres aceptar mi nombre y mi fortuna? Viajaremos y si mis caricias son bastante poderosas para que nada te importe todo lo demás, acaso olvidarás tu infancia triste y llena de duelos. Recorreremos el mundo, gozosos de amarnos y de considerar, desde la altura de nuestro amor, los distintos pueblos y las ciudades esplendorosas. Después nos estableceremos en París. Tu madre vivirá aquí, en su granja, y nosotros cuidaremos de que nada le falte; pues se me figura que se encontraría mal en medio de nuestra existencia elegante, en la que su enfermedad sería una mancha y una sombra... De ti depende; serás dichosa y obsequiada y yo te amaré siempre.

La luna pálida derramaba sus rayos pérfidos sobre las temblorosas palabras del joven; y allá a lo lejos, los árboles, confundidos en las tinieblas, semejaban seres malignos que aparentaban acariciarse y abrazarse.

Angela, llena de emoción, callaba; el momento le parecía solemne. Al fin levantó la cabeza y contestó en voz baja:

— Máximo, esta noche reflexionaré sobre lo que me has dicho y mañana te daré una respuesta. Adiós.

La señorita Majolín pasó una noche dolorosa. Apenas su madre se hubo acostado y durmió con aquella respiración regular de los viejos que tanto se parece a la de los niños, ella, en su cuartito de soltera, rompió en sollozos. Lo que le sucedía era superior a sus fuerzas y la prueba a que se veía sometida era demasiado espantosa para que pudiera soportarla en silencio.

Ante sus ojos desgarrábase el velo, ese velo que, hasta los veinte años, llevamos delante de nuestros corazones inexpertos, y el egoísmo humano se le apareció en todo su horror universal. ¡Ah! ¡Cómo se desvanecía entre las garras atroces de la vida su hermoso y sencillo ensueño! En primer lugar era pobre. Bien lo había comprendido aquella noche por la manera como él hablaba de la riqueza. Hasta entonces, sin embargo, no había pensado en ello, viviendo como vivía casi sin necesidades; porque el bienestar del campo, con su cielo, sus árboles, sus flores, sus pájaros y su aire puro, le bastaba. De casarse con aquel hombre, seguiría, a fuer de esposa obediente, su vida voluptuosa y agitada.

Ahora se le aparecían claras y duras las exigencias del matrimonio... De modo, pues, que tendría que abandonar a su pobre madre enferma, víctima de tantos infortunios y que no puede prescindir de sus caricias y de sus constantes cuidados. También se rebelaba su amor propio íntimo. Si más adelante surgían dificultades en su hogar y aun sin esto, ¿no sentía ella pesar sobre sí la vergüenza de deberlo todo, lujo, tren, hasta sus diamantes y sus trajes, a aquel hombre que, por consiguiente, sería no ya un enamorado, sino un bienhechor? Y en el entretanto, su madre, abandonada y más desgraciada todavía, terminaría su existencia al lado de alguna enfermera mercenaria y regañona que jamás reemplazaría el corazón de una hija.

Angela lloró muchas horas y a veces, en medio de sus lágrimas, se le aparecía el espectro de su padre desesperado con un revólver en la mano. ¡Ah, quizás todos los hombres se parecían y todos eran los verdugos de sus esposas! ¡Desgraciadas las que ansían los goces del himeneo! El buen destino de las mujeres es vivir solitarias y abnegadas, lejos de los hombres.

* * *

La aurora sorprendióla todavía sumida en aquellos atroces pensamientos; pero poco a poco volvió la calma, aunque espantosa. Angela adoptó una resolución definitiva: no se casaría nunca; permanecería soltera y con un solo objetivo: cumplir hasta el fin el deber filial. No abandonaría a su querida enferma, cuyos ojos estaban cerrados a la luz para siempre; se mantendría virgen y paciente, con la satisfacción interior de ser profundamente caritativa. Acaso un día, cerrada finalmente la herida de su corazón, no sentiría pena alguna, y después de haber rezado su plegaria nocturna, podría acostarse, canos ya los cabellos, dando gracias al cielo por haberle concedido la paz del cuerpo y del alma.

Apresuróse a escribir algunas frases al señor de Grandlieu rechazando su proposición; su carta era de las que no tienen réplica.

creyó que se trataba de un capricho de su hija y se conformó sin lamentarse gran cosa. ¡Ah, ignoraba la inmensidad del sacrificio!



Intermezzo, cuadro de W. V. Krausz. (Exposición de la Asociación de Artistas de Viena, 1913.)

Después, ella misma se ocupó en realizar los bienes que les quedaban y decidió a establecerse en París.

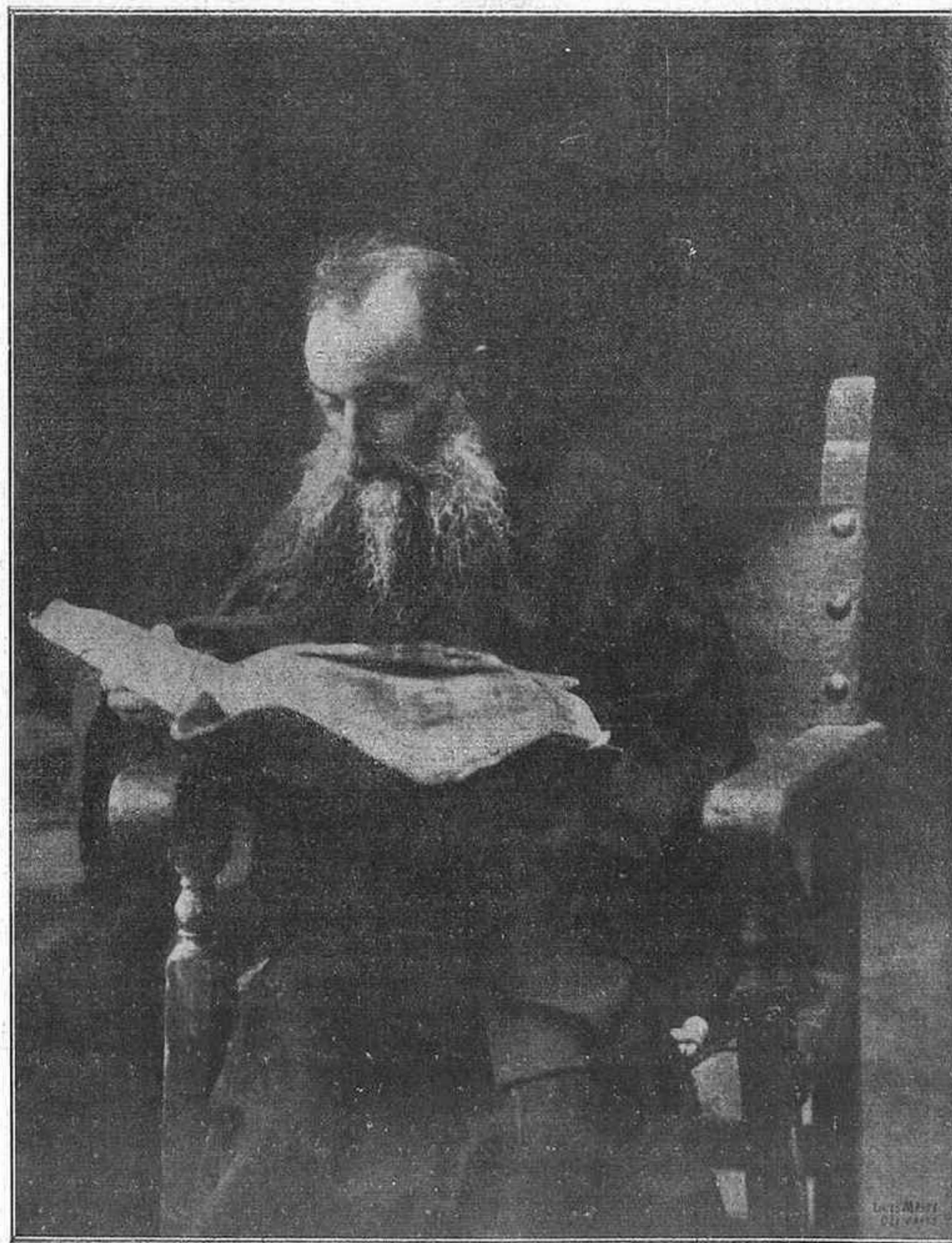
se cultivó el cacahuete a fines del siglo XVIII por el canónigo D. Francisco Tabares de Ulloa, quien publicó en aquella ciudad, en el año 1800, el resultado de sus ensayos y experimentaciones prácticas.

Los suelos que más convienen a esta planta son los ligeros, aun cuando sean algo areniscos, frescos y húmedos, los de aluvión y los de las vegas; y la tierra destinada a cacahuete se ha de labrar profundamente con el arado y abonar con estiércol.

La época más oportuna de efectuar la siembra, en nuestra península, es de mayo a junio. El cacahuete suele sembrarse a chorrillo, pero es mucho más conveniente sembrarlo a golpe o mateado, porque así se gasta menos semilla y las plantas se desarrollan mucho mejor y producen más cantidad de fruto. A los dos meses de haber nacido o antes, según los climas, empieza la planta a florecer y entonces se aparean los tallos ramificados que tienden naturalmente a introducirse en el suelo, echando sobre ellos paladas de tierra bien extendidas y repitiendo con frecuencia esta operación siempre que otros sucesivos tallos rastroeros desarrollen una trama de flor.

Así que los tallos y hojas del cacahuete se ponen amarillentos y sobre todo cuando se seca la planta, deben arrancarse las matas con cuidado; después se las deja al sol y al aire libre extendidas sobre los mismos caballones y cuando se han enjugado, se sacuden suavemente para desprender la tierra que pudieran conservar. Hecho esto, se las lleva a un sitio seco y soleado para que se desequen por completo, conseguido lo cual se procede a la separación de los frutos.

Para separar los granos de sus cáscaras y dejarlos completamente limpios, después de aventada la paja, se acriban y luego se guardan en sitio seco para destinarlos a sus diferentes usos, o se muelen en seguida para extraer de ellos el aceite fijo que contienen. — X.



Lectura interesante, fotografía artística de Luis Martí Olivares

No, no quería ver más aquellos paisajes en donde había sufrido demasiado. La señora de Majolín

creyó que se trataba de un capricho de su hija y se conformó sin lamentarse gran cosa. ¡Ah, ignoraba la inmensidad del sacrificio!

Y he aquí por qué aquella joven, cruelmente ofendida, ha cerrado para siempre su corazón a las cosas exteriores. Su primero y único amor es el sello de aquella soledad voluntaria. Para su madre sola con sus ternuras, para su madre de la que nunca se separará y a la que cerrará los ojos, aquellos ojos desde hace tanto tiempo privados de luz.

Y después, cuando haya realizado su misión postrera, cuando quede cumplido enteramente su deber filial, Angela Majolín, irreconciliable con el amor y con aquella existencia en la que nada puede retenerle, hará como que continúa viviendo sola, solterona.

EL CULTIVO DEL CACAHUETE

(Véase la lámina de la página siguiente.)

El cacahuete es una planta oriunda de América, África y Asia, y en Europa se encuentra en Italia, Francia, Portugal y más especialmente en España. Valencia fué el punto de Europa en donde por primera vez



Secando la planta



Recogiendo el fruto



Arrancando el cacahuete



Recogiendo las hojas, que son excelente forraje



La selección del cacahuete

FALLECIMIENTO DEL OBISPO DE BARCELONA DR. D. JUAN JOSÉ LAGUARDA

Duelo tan general como hondo y sincero ha producido el fallecimiento del sabio, virtuoso y bondadosísimo prelado de esta diócesis, del varón insigne que durante los cuatro años de su episcopado supo conquistarse el cariño y la admiración de sus feligreses y las simpatías y el respeto de muchos caracterizados enemigos de la Iglesia, quienes hubieron de deponer sus intransigencias ante la evangélica dulzura y el exquisito tacto del piadoso obispo.

El Dr. D. Juan José Laguarda nació en Valencia, de familia humilde, el 22 de abril de 1866, y estudió sucesivamente en las Escuelas Pías, en el Instituto, en la Universidad y en el Colegio del Arzobispo de aquella capital, llamando la atención en todos estos centros docentes por su saber, por su laboriosidad y por sus virtudes, y consiguiendo los títulos de doctor en Teología y Derecho canónico y licenciado en Derecho civil.

Comenzó su carrera sacerdotal siendo coadjutor de Chulilla, pero muy pronto el cardenal Monescillo nombróle prefecto del Seminario Conciliar de Valencia e individuo del claustro de catedráticos, habiendo explicado el joven Dr. Laguarda durante ocho años las asignaturas de Metafísica, Economía política y Derecho civil. Y al ser promovido a la sede valenciana el cardenal Sancha, confióle éste los importantes cargos de mayordomo, Fiscal eclesiástico del provisorato y Tribunal metropolitano, en cuyo desempeño prestó excelentes servicios a la Iglesia.

Poco después fue nombrado Provisor y Vicario general de la archidiócesis de Toledo y en 1899 preconizado obispo auxiliar de aquel arzobispado con el título de obispo de Títopolis. Tres años después fue trasladado a la sede de Urgel y en los cuatro años que la ocupó realizó en aquella diócesis y en el principado de Andorra grandes mejoras materiales, como el establecimiento de una red telegráfica y telefónica en el valle andorrano y la construcción de una carretera desde la Seo de Urgel a la frontera, y otras no menos importantes en los órdenes moral, social y religioso, entre ellas el arreglo parroquial y la fundación del Montepío para eclesiásticos, del Instituto Obrero, de varios colegios de religiosas y de jóvenes y obreros, de la Caja de crédito popular y de algunos sindicatos agrícolas. Además, con sus dotes de diplomático resolvió una delicada cuestión de límites en la frontera francesa de la República de Andorra, cuestión que pudo provocar un grave conflicto. El gobierno le otorgó por ello la gran cruz de Carlos III.

En diciembre de 1906 fue nombrado obispo de Jaén, llevando allí a cabo multitud de obras de feliz recordación, entre ellas la reorganización del Seminario, la fundación de la Asociación de Eclesiásticos y la coronación de la Virgen de la Cabeza que se venera en el histórico santuario de Sierra Morena, y fomentando o iniciando muchas grandes empresas.

Preconizado obispo de Barcelona en el Consistorio de 29 de abril de 1909, hizo su entrada en esta ciudad el día 15 de octubre, después de haberle

sido impuesto el día 1.º de dicho mes el Sagrado Palio.

La obra realizada por el Dr. Laguarda en nuestra

Una de las obras a que dedicó preferentemente su atención fue la reconstrucción de la parroquia del Carmen, destruida cuando aquellos sucesos, y cuya consagración tuvo la dicha de presidir pocos días antes de su fallecimiento.

Para el Dr. Laguarda no hubo obstáculos, por insuperables que parecieran, que él no supiera vencer; no hubo tampoco esfuerzos ni sacrificios, por grandes que fuesen, que él no realizase gustoso para el cumplimiento de la misión altísima que la Providencia le había confiado.

Desde los primeros momentos de su llegada a Barcelona preocupóse el Dr. Laguarda principalmente por el problema social que, en su sentir públicamente manifestado en múltiples ocasiones, debían resolver los ricos no con obras de caridad, sino de justicia para la clase obrera; y este espíritu tan eminentemente cristiano informó su conducta cuando las circunstancias le llevaron a intervenir directamente en algunos conflictos entre el capital y el trabajo; y él le inspiró también la organización de la Junta Diocesana de la Acción Católica y de las juntas parroquiales que, en número de 259, se extienden por toda la diócesis, y la celebración de la Quinta semana social, que tan fecunda fue en iniciativas para el mejoramiento y la regeneración de la clase humilde trabajadora.

Sintió el Dr. Laguarda por el arte cristiano un gran entusiasmo, que se puso de manifiesto en los dos importantes congresos por él iniciados y protegidos, el de Música Sagrada y el de Arte Cristiano y Exposición de Cruces, recientemente celebrados en esta ciudad con éxito superior a toda ponderación, y que se hubiera patentizado de modo más elocuente si la muerte no le

hubiese impedido la creación de un Museo diocesano.

Su caridad era inagotable; pero, enemigo de toda ostentación, atendía personalmente al socorro de los desvalidos y visitaba las más modestas viviendas de la miseria dejando en ellas su óbolo y, lo que valía aún más, el consuelo de su palabra amorosa, que hacía nacer en el corazón del favorecido con el sentimiento de la gratitud el espíritu de la santa resignación y la esperanza del goce de los bienes de la otra vida.

Dotado de una actividad prodigiosa, presidía continuamente juntas de asociaciones y fiestas religiosas, visitaba con frecuencia a los pobres, recibía a todas horas en su palacio, recorría las parroquias de la diócesis, pronunciaba sermones y discursos, redactaba pastorales, prodigábase dondequiera que su presencia era necesaria para la realización de una obra buena y aun le quedaba tiempo para la meditación y el estudio.

Tantos esfuerzos morales y físicos quebrantaron pronto su salud y agostaron tempranamente su existencia preciosa que podía dar todavía tantos días de gloria a la Iglesia y derramar tantos bienes sobre sus diocesanos.

Barcelona guardará eterno recuerdo del prelado cuya pérdida lloramos los barceloneses y que en el cielo habrá alcanzado el premio de sus virtudes. — T.



El Excmo. e Ilmo. Dr. D. Juan José Laguarda, obispo de Barcelona,

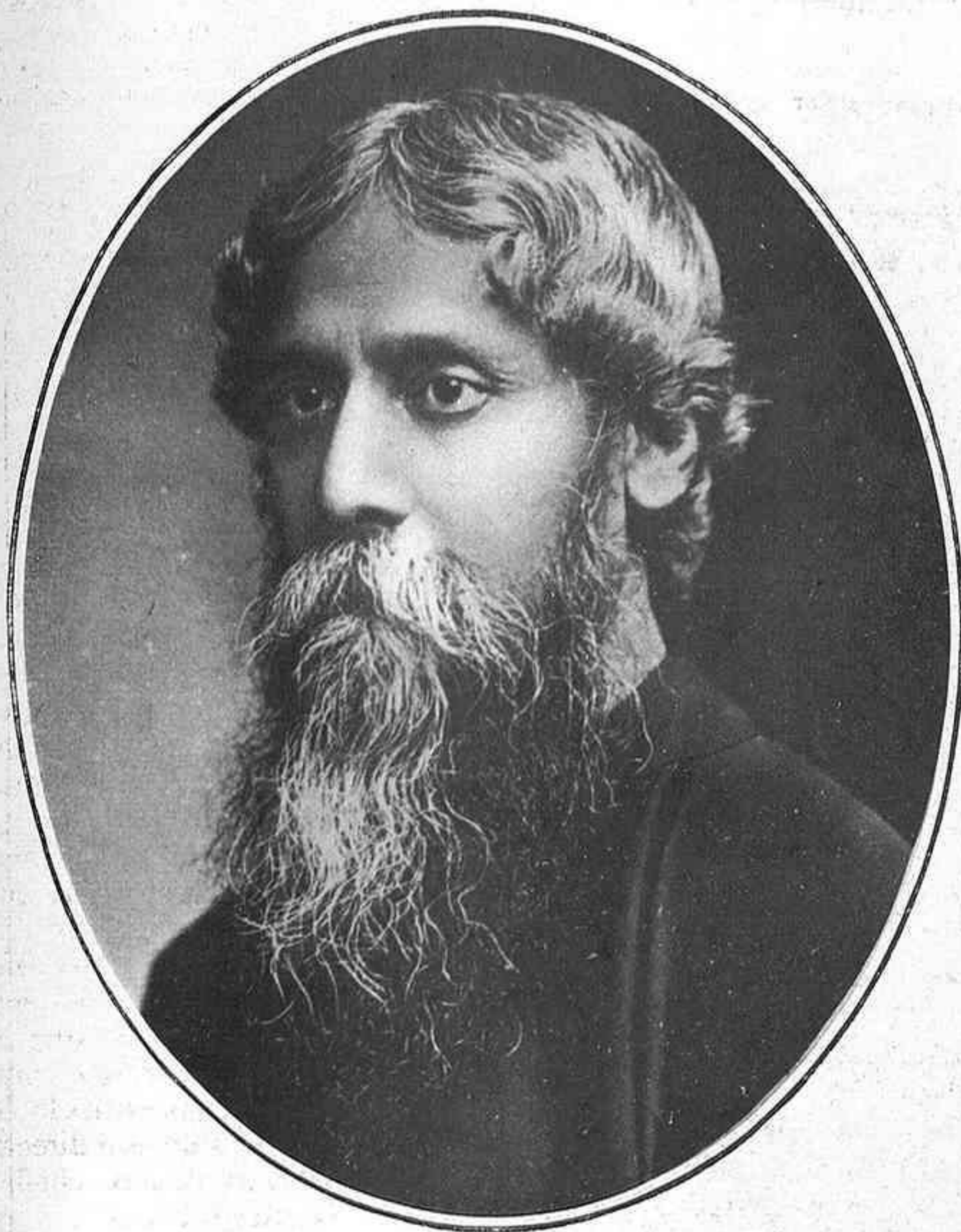
fallecido en esta ciudad el día 3 de los corrientes. (De fotografía de nuestro reportero Alejandro Merletti.)

diócesis en los cuatro años en que ha estado al frente de la misma es de las que dejan recuerdo imperecedero; y necesitaríamos llenar muchas páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA si hubiéramos de describirla aunque sólo fuera en sus líneas fundamentales.

Duraban todavía los efectos de la «semana trágica» cuando se posesionó de su cargo el nuevo obispo; muchos templos estaban en ruinas o conservaban las huellas de los estragos que en ellos produjo la impiedad revolucionaria; asilos y conventos hallábanse abandonados, y en las conciencias de los fieles manteníanse aún vivos el espanto y la turbación de aquellos días luctuosos. El sabio y virtuosísimo prelado consagróse con alma y vida a curar estos males, a cicatrizar estas heridas, a levantar los abatidos ánimos, a hacer obra regeneradora de paz y de amor que borrara hasta el recuerdo de aquella otra obra devastadora de odio y de guerra y poco a poco, merced a su acción incesante, a su celo apostólico y a su inagotable espíritu de caridad, la normalidad restablecióse, reparáronse o se reconstruyeron las iglesias y demás edificios benéficos o religiosos destruidos; las conciencias se serenaron y el pueblo barcelonés en masa sintióse confortado bajo la dulce dirección y la protección salvadora de su amantísimo y amadísimo pastor.

EL POETA INDIO RABINDRANATH TAGORE

La adjudicación del premio Nobel de Poesía al poeta indio Rabindranath Tagore ha causado gran



El poeta indio Rabindranath Tagore, a quien le ha sido adjudicado el premio Nobel de la Poesía en 1913. (De fotografía de Elliot y Fry, remitida por Carlos Trampus.)

sorpreza por tratarse de una personalidad poco popular en el mundo literario; y sin embargo, pocas veces se habrá obedecido con más escrupulosidad el deseo del testador, que quiso recompensar cada año al poeta que, durante el año anterior, hubiese publicado la obra poética más idealista. En efecto, la colección de poesías de Rabindranath Tagore titulada *Gitanjali (Ofrendas poéticas)*, que es la que le ha valido el premio, es el libro de mayor idealismo dado al público de mucho tiempo a esta parte.

Rabindranath Tagore, perteneciente a una de las más ilustres familias de Bengala, nació en Calcuta

en 1861 y a la edad de diez y ocho años compuso la letra y la música de un drama lírico, al que no tardaron en seguir otras piezas teatrales, novelas, cuentos y poemas, que le conquistaron fama y popularidad grandes en toda la India. Permaneció una temporada en Londres para cursar la carrera de Derecho, pero muy pronto cansóse de aquellos estudios y de la vida de la metrópoli inglesa, y regresó a la India, dedicándose desde entonces de lleno a la poesía y al magisterio y fundando en Bolepur una escuela frecuentada por más de 200 alumnos y en la cual se emplean los más modernos métodos de enseñanza.

La obra de Rabindranath Tagore, del profeta del nacionalismo indio, como en su patria se le llama, sólo es conocida en Europa por algunas traducciones inglesas hechas por él mismo en prosa rimada, tan sencillas y de tan selecta expresión, que nunca su sentido queda oscurecido, admirándose siempre en ellas la concordancia de la idea y de la emoción provocada por la contemplación meditativa del universo.

Un distinguido literato francés, Enrique D. Davray, que ha traducido de la versión inglesa algunas composiciones de Rabindranath Tagore, ha escrito acerca de éste el siguiente juicio: «Ningún poeta ha expresado tan potentemente la intimidad del alma humana y de la naturaleza, profesando, al mismo tiempo, una filosofía tan clara y tan vasta. Este misticismo lírico es de una elevación incomparable; encuéntrase en él acentos apasionados que recuerdan *El Cantar de los Cantares*, y acentos de alegría y de esperanza que exceden a todo lo que nos ofrecen los profetas o los salmos de

David. El canto de este poeta está depurado de toda entonación de dolor o de pesar, de tristeza o de temor; es la luz pura de la vida espiritual que se enmarida con el canto armonioso de la belleza perfecta.»

EL DR. VINCENT

El ministro de la Guerra de Francia ha concedido recientemente la medalla de oro de las epidemias al médico mayor de 1.ª clase del ejército Dr. Vincent, jefe del laboratorio de vacunación antitifoidea del hospital militar de Val-de-Grace.

Conocidos son los sabios trabajos realizados y la noble lucha emprendida en aquel laboratorio contra los estragos de la fiebre tifoidea en el ejército; y conocido es también el éxito tan satisfactorio que han logrado los estudios y los experimentos del Dr. Vincent, gracias a los cuales casi puede considerarse vencida aquella terrible enfermedad.

Las comunicaciones enviadas por el Dr. Vincent a la Academia de Medicina de París le han merecido justa fama de sabio de gran valía y le han conquistado la admiración y el aprecio de todo el cuerpo médico. De aquí que la decisión del ministro de la Guerra haya sido acogida en Francia con aplauso entusiasta y unánime.



El médico mayor de 1.ª clase Dr. Vincent, a quien el ministro de la Guerra de Francia ha adjudicado la medalla de honor de las epidemias por su descubrimiento del suero antitífico. (De fotografía de M. Branger.)

PARÍS. - LA BIBLIOTECA THIERS

Hace pocos días inauguróse en París esta biblioteca que es un anejo de la biblioteca del Instituto y que está instalada en el hotel de la plaza de Saint-Georges, en donde habitó durante los últimos años de su vida el ilustre historiógrafo y hombre de Estado Luis Adolfo Thiers. Este edificio, que tantos y tan interesantes recuerdos encierra, ha sido donado a la docta corporación antes citada por la heredera de Thiers, la señorita Dosne, quien con ello ha querido honrar la memoria del libertador del territorio, como con razón se le llama en Francia, transformando aquella mansión en una especie de santuario de estudios destinado a perpetuar el nombre del gran patriota y a asociarlo de este modo al movimiento político e intelectual de la nación francesa.

Como antes decimos, hállanse reunidos en el hotel de la plaza de Saint-Georges interesantísimos recuerdos de la vida íntima de Thiers y multitud de objetos relacionados con el año terrible y con la firma de la paz de 1871, entre ellos las medallas y los objetos de arte ofrecidos al repúblico insigne y procedentes de todos los puntos de Francia, y sobre un almohadón de terciopelo, las llaves de Belfort, testimonio de la victoria que la diplomacia y el patriotismo de Thiers alcanzaron en las negociaciones de paz con Prusia.

La biblioteca, que sólo comprende obras de historia referentes a la época contemporánea, es decir, a partir de la Revolución francesa, consta de 20.000 volúmenes, procedentes en parte de la biblioteca particular de Thiers y en parte de donaciones de particulares y entidades.



París. - Biblioteca Thiers, inaugurada recientemente e instalada en el hotel en donde vivió y falleció el insigne historiógrafo. (De fotografía de Harlingue.)

OBRAS NOTABLES DE LOS GRANDES PINTORES MINIATURISTAS

El arte de la miniatura, que floreció de un modo especial desde el siglo XVI hasta principios del XIX, ha sido considerado durante mucho tiempo como un palenque de dilettantismo estéril. Y de esta opinión han sido no solamente los críticos investigadores, sino también los mismos artistas. Ahora parece producirse una reacción contra este criterio, reacción que se inició a fines del siglo pasado con algunas exposiciones particulares encaminadas a despertar en la buena sociedad el recuerdo de aquel arte en otras épocas predilecto y después casi enteramente olvidado.

adornos de los colores y temas más variados; pero cuando el descubrimiento de la imprenta hizo que la miniatura dejase de estar asociada, por decirlo así, al arte del libro, los que antes se habían dedicado a la iluminación de manuscritos refugiáronse en la pintura del pequeño retrato, entrando desde entonces la miniatura en un sendero independiente. Holbein fué uno de los primeros que siguieron esta nueva tendencia, no tardando en acompañarle otro gran maestro, Lucas Cranach, y acabando por ser numerosísimos los artistas que se consagraron a la miniatura. Ello respondía a la necesidad sentida por

sobre todo la veneciana Rosalba Carriera, que se estableció en París y que llegó a ser una verdadera eminencia en esta rama del arte.

Durante el reinado de Luis XVI, la miniatura se generalizó aún más, siendo sus principales representantes Vestier, Siccardi, Dumont, Perin, Lagrenée, Le Moine, Augustin, Isabey y Guerin, todos los cuales alcanzaron los períodos de la Revolución, del Directorio y del Imperio, llegando alguno de ellos, como Isabey, hasta los tiempos de Napoleón III.

A partir de aquel entonces, la miniatura francesa decae len-



Enrique VIII de Inglaterra, por Holbein



Ana de Cleve, por E. Holbein



La reina Enriqueta Maria, por J. Hoskins



La duquesa de Argyll, por A. Plimer



Dama desconocida por J. Smart



Oficial inglés por J. Smart



Condesa de Salisbury, por R. Cosway



Mme. de Pompadour, por P.A. Hall



Nicolás Boileau-Despreaux, por N. de Largilliere



Retrato de una joven, por P. A. Hall

Estas exposiciones fueron, en un principio, debidas a los esfuerzos de algunos aficionados especialistas, pero en estos últimos años han ensanchado su campo de acción, y la organizada por Marcel y Bouchot en la Biblioteca Nacional de París y sobre todo la celebrada en Bruselas, en la primavera de 1912, han contribuido muy mucho a generalizar el convencimiento de que la idea que solfa tenerse de la miniatura debe ser sometida a una revisión fundamental.

En la citada exposición de Bruselas apareció como iluminada por un potente foco de luz toda una rama de la historia del arte hasta entonces casi envuelta en las tinieblas, pudiendo verse en ella el desenvolvimiento de la miniatura al través de los siglos, su aparición en la Edad Media, su florecimiento en los siglos XVII y XVIII y su decadencia desde la segunda mitad del XIX y pudiendo apreciarse la existencia de innumerables obras maestras que, en su tamaño pequeño, valen más, mucho más que otras pinturas de grandes dimensiones, pues no es lo esencial en los cuadros la magnitud, sino el genio que guía la mano del artista.

Los primeros miniaturistas fueron los iluminadores de la Edad Media que trazaron en los manuscritos las iniciales y los

muchas gentes que se separaban de los suyos de llevarse consigo el retrato de algún ser querido y hasta a la conveniencia de altos personajes de conocer por medio de estas imágenes a las novias con las cuales por razones de Estado trataban de enlazarse. En aquella época, siglos XVI y XVII, florecieron especialmente en Inglaterra Hilliard, Isac y Pedro Oliver, Hoskins y Cooper.

Por el mismo tiempo, comenzó a gozar de gran predicamento en Francia la miniatura, importada allí por Petitot, que había huído de Londres, y cultivada por los pintores de la corte de Luis XIV Largilliere y Le Brun.

En el siglo XVIII y principios del XIX, destacan entre otros miniaturistas ingleses Cosway, Smart y Shelley, como retratistas de mujeres, y Engleheart y los hermanos Andrés y Nataniel Plimer, como retratistas de hombres.

Poco después, la miniatura sobre marfil alcanzaba gran boga entre la aristocracia francesa y se utilizaba no sólo para el retrato, sino también para adornar relojes, tabaqueras, bomboneras y hasta muebles, no siendo desdeñada por los grandes maestros como Boucher, Nattier y Fragonard. Pero los miniaturistas por excelencia de aquel período fueron Adolfo Hall y

tamente y desde mediados del siglo XIX puede decirse que desaparece, no sin antes haber sido bastardeada de una manera lamentable.

Inglaterra y Francia han sido en todos los tiempos los países que han ostentado la dirección en el arte de la miniatura; pero éste ha sido también cultivado con mucho éxito en otras naciones, singularmente en Alemania, Noruega, Suecia y Dinamarca. Los miniaturistas suecos, como Klingstedt, Hall, Lanfransen, Svenson, Sparrgreu y Gillberg, sintieron la influencia de los franceses; en cambio los dinamarqueses y noruegos Van Dort, Prieur, Barbette, Cooper, Toussaint-Gelton, dejáronse influir por la escuela alemana. Sólo los dinamarqueses Hoyer y su discípulo Hornemann nos ofrecen personalidades artísticas dignas de ser parangonadas con los más famosos miniaturistas de Francia y de Inglaterra.

En Alemania, a fines del siglo XVIII, hubo algunos miniaturistas famosos, como Daniel Chodowiecki, Fuger y Grassi, éstos dos últimos educados en Viena, capital que durante aquella centuria fué el verdadero centro en donde se cultivó el arte de la miniatura alemana y en donde éste se conservó puro durante más tiempo.



Escena mitológica, por Boucher



Retratos de niños, por L. Siccardi



El conde y la condesa de Segonzac, por N. Lanfransen



La duquesa de Orleans, por Canzanbón



Mme. de Pompadour, de autor desconocido



Bombonera del siglo XVIII, de autor desconocido



Arpista, por L.L. Perin



Dama desconocida, por M. N. Ponce-Camus



Retrato de autor desconocido



El general Duhamel, por C. Guerin



El artista y su familia, por Augustin



Retrato de autor desconocido

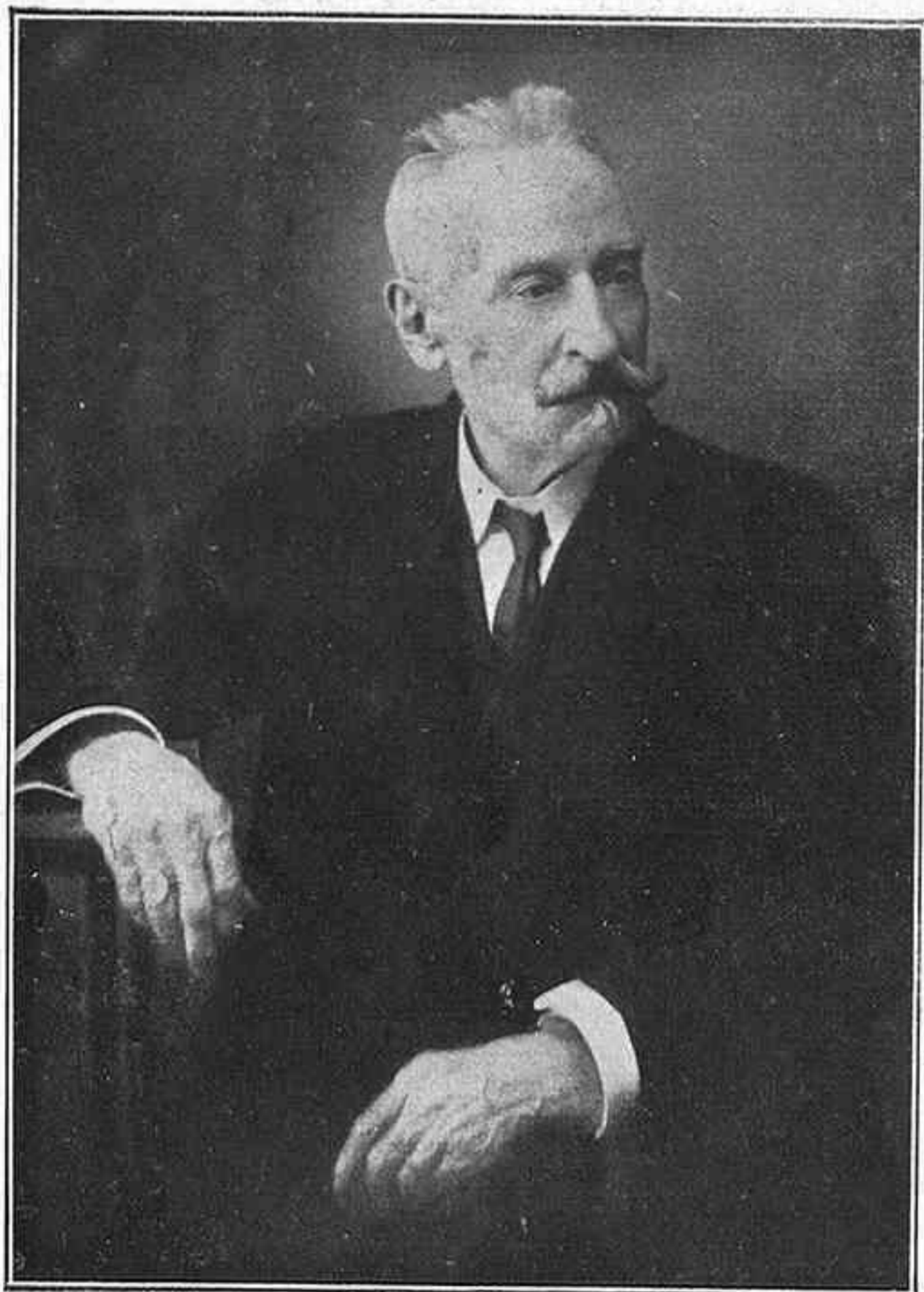
EL AVIADOR HELEN

Uno de los premios de la aviación más codiciados es la copa Michelin, que se adjudica anualmente al aviador que ha cubierto sin interrupción la mayor distancia, volando de sol a sol y en días sucesivos y a una velocidad media superior a 50 kilómetros por hora. El vencedor, además de la copa, gana 20.000



El aviador Helen, ganador de la copa Michelin por haber recorrido en 30 días y en circuito cerrado 16.096 kilómetros. (De fotografía de M. Rol.)

francos; mas como el año pasado la copa no se adjudicó, la cantidad correspondiente se añadió a la del concurso del año actual que, por consiguiente, es de 40.000 francos.



El eminente pintor catalán José Tapiró, fallecido recientemente en Tánger. (De fotografía remitida por Carlos Marco.)

Hasta hace poco, resultaba ganador de la copa el aviador Fourny, quien, desde el 25 de agosto al 16 de septiembre, cubrió la distancia de 15.989 kilómetros y 200 metros; pero recientemente el *record* ha sido ganado por Helen, que en 29 de noviembre último había totalizado oficialmente 16.096 kilómetros y 600 metros. Decimos oficialmente porque aunque en realidad recorrió cerca de 21.000, los recorridos en los nueve primeros días, desde el 22 al 30 de octubre, fueron anulados por decisión del Aero-Club de Francia, no empezando a contarse los vuelos sino a partir del 31 del citado mes.

Helen ha efectuado sus vuelos en el circuito Etampes-Cercottes, realizando cinco cada día, excepto el 28 de noviembre, en que realizó seis.

La distancia total recorrida realmente, es decir, los 21.000 kilómetros, equivale a la mitad de la vuelta al mundo. Pero Helen no se contenta con

esto, sino que, a pesar de tener ganada ya la disputada copa, se propone seguir volando en el mismo circuito durante todo el mes de diciembre. Si consigue realizar su propósito, el total de kilómetros que habrá recorrido al terminar el año excederá tal vez de 35.000.

El aparato con el cual Helen ha conseguido tan importante victoria es el mismo con el que el propio aviador ganó el año pasado el circuito de París, un monoplano Nieuport, de 14 metros cuadrados de superficie, por 5,50 de longitud, 5,50 de anchura y 325 kilogramos de peso. Lleva un motor Gnome de 80 caballos y hélice Chauviere.

JOSÉ TAPIRÓ

Este ilustre artista, recientemente fallecido en Tánger, en donde residía desde hacía muchos años, nació en Reus el día 7 de febrero de 1830 y se dedicó desde muy joven a la pintura, recibiendo las lecciones de Vicente Rodas y Claudio Lorenzale en Barcelona y de Federico de Madrazo en Madrid.

En la exposición de Bellas Artes celebrada en nuestra ciudad en 1866, presentó un lienzo que representaba un episodio de *La Divina Comedia* y se titulaba *La llegada de los dos poetas al noveno foso*, obra que alcanzó una mención honorífica y fué adquirida por la Academia de Bellas Artes. En la de Madrid del mismo año expuso *El amor y el juego*, premiado con medalla de tercera clase y adquirido por el gobierno para el Museo Nacional.

Desde entonces la carrera de Tapiró fué una serie de continuados triunfos, en la que obtuvo medallas de oro y diplomas de honor en las exposiciones universales de Madrid, Barcelona, París, Londres, Chicago y Roma.

Tapiró fué el amigo íntimo de su ilustre paisano Mariano Fortuny y sus obras, como las de éste, se caracterizan por su luz potente y por la brillantez de su colorido. En compañía suya hizo un viaje a Tánger y al morir en 1874 el autor de *La Vicaría*, estableció en aquella ciudad marroquí, instalando su magnífico taller en un antiguo teatro que a tal efecto adquirió y en el que acumuló verdaderos tesoros de arte oriental. Allí ha seguido, hasta su muerte, pintando las preciosas acuarelas que en el mercado artístico de Londres se disputaban los privilegiados de la fortuna.

Tánger se dispone a honrar al eximio artista erigiendo a su memoria un monumento, para lo cual se ha abierto una subscripción pública y nombrado una comisión ejecutiva de la que forman parte las personalidades más salientes de aquella ciudad.

LA BODA DE MISS JESSIE WILSON

El día 25 de noviembre último efectuóse en la Casa Blanca de Washington, residencia oficial del Presidente de la República de los Estados Unidos, la boda de la segunda hija de éste, Miss Jessie Wilson, con un distinguido abogado de Nueva York, Mr. Francisco Sayre. Aunque la ceremonia revistió un carácter puramente íntimo, asistieron a ella las

autoridades, el Cuerpo Diplomático, los altos funcionarios, las familias de los novios y los amigos íntimos, formando un total de 400 invitados.

La novia vestía un magnífico traje de raso blanco adornado con preciosos encajes y flores de azahar. Los regalos que ha recibido pasan de 600, figurando entre ellos algunos valiosísimos, como un servicio de mesa de plata, del Senado; un collar de brillantes, del Congreso, y ricas joyas de los embajadores y de los miembros del gobierno; y otros originales, entre ellos un serón con 100 kilogramos de cebollas, un queso de 50 libras y una máquina de coser.



Miss Jessie Wilson, hija del Presidente de la República de los Estados Unidos, y su esposo Mr. Francisco B. Sayre, cuya boda se efectuó en la Casa Blanca, de Washington, el día 25 de noviembre último. (De fotografía de Davis y Sanford, remitida por Underwood Underwood.)

PARÍS. - SALIDA DE S. M. LA REINA D.^a VICTORIA PARA LONDRES

S. M. la reina D.^a Victoria que, a causa de una indisposición, no pudo acompañar a su augusto esposo en su excursión a Viena, salió hace pocos días de París para reunirse con S. M. el Rey en Londres. Antes de marchar, recibió dos magníficos ramos de flores que le enviaron el Presidente de la República y su esposa; y a la estación fueron a despedirla un representante del Sr. Poincaré, el embajador de España, el de Francia en Madrid, el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Pichón, el jefe del protocolo y las autoridades de París.



París. - S. M. la reina D.^a Victoria de España en la estación del Norte para tomar el tren que la condujo a Calais, desde donde marchó a Londres a reunirse con su augusto esposo (De fotografía de M. Rol.)

GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Para Luisa, era también «nuestra hija», aunque detestaba a Gilberta, que tomaba, a su entender, la parte de Bernardo y de Natalia en el cariño y la he-

Sordamente, en una insondable lontananza, la voz del joven negaba, disipaba el error: «¿Blandina Jazmín?... Se la pueden dar a Sepol... Rompí mis rela-

- ¡Oh! Bernardo no he merecido...
- ¡Deje usted! El muchacho necesita vacaciones. Teo, espero que usted dispondrá de algunos días.



Sobre la blancura de la funda de la almohada, las alas se hallaban extendidas...

rencia de la tía Gil. Como si, sin su hermanstra mayor, los dos Andraux menores hubiesen tenido su tía Gil.

- ¿Qué hacer?, murmuró Claircoeur.

Ya no se sublevaba. Su voz pedía consejo. Una satisfacción inesperada atenuaba los golpes del penoso debate. Se oía diciendo a Fagueyrat: «Por su bien, no dé usted el papel a Blandina.» Y, si resistía, una polvareda: «¡Usted no sabe!.. usted no sabe los rumores que corren.» Ella debía salvarlo de aquella ignominia. Sabía mejor que nadie que el dinero del marqués de Sepol no figuraba para nada en aquella empresa teatral. ¿No la había querido para ella, para el reparto de los riesgos y del éxito con el artista que le había revelado su vocación dramática, que tenía fe en la autora de *Las desdichas de una modistilla*? Por lo demás, ella sería magnánima. Protestaría que, para ella, la señorita Jazmín no engañaba al amigo que la elevaba hasta sí. «Pero, amigo mío, sin usted, ¿le confiarían siquiera un bocadillo? ¿Sabría entrar en escena?.. ¡Engañar a usted!.. Sería monstruoso...» ¿Qué contestaría? Jamás había hablado con Claircoeur de semejantes relaciones.

El corazón de la novelista palpaba al imaginarse el diálogo, sobre tal materia, con el único hombre seductor que ella había visto seguir, a su lado, con ella, uno de los caminos de su vida - ¡el único! ¡Qué sensación nueva, fresca como una fuente en el desierto, la de aquel compañerismo, de aquella risueña inteligencia, de aquel trabajo en común, de aquellas hermosas miradas pendientes de la inspiración que le acudía, de la frase feliz que ella encontraba con una facilidad sorprendente, y que el colaborador, encantado, saludaba con bravos, apuntaba apresuradamente y apreciaba como conocedor con elogios.

«Me veo obligada. Será preciso que le hable de amor... de su amor.»

ciones con ella... ¿Amor?... ¡Nunca!.. Esas mujeres son buenas como pasatiempo, cuando uno todavía no ha encontrado...»

- ¿Y bien, amiga mía? Esperamos su decisión.

El acento pastoso de Teófilo fué como un pedal a las músicas dulcemente vibrantes.

Claircoeur pareció despertar de un sueño.

- A nosotros se nos ocurrió una idea, a Luisa y a mí, insinuó aquella voz, que parecía atravesar masticaduras de pasta de malvavisco.

- Algo que lo arregla todo, continuó la antistrofa. Pero eso nos impondría un sacrificio.

La tía Gil los miraba, alternativamente, los escuchaba, con una vaga sonrisa y una mirada mal aclarada de insistentes visiones.

- ¡El buen aire le está tan recomendado a mi pobre mujer, fatigada de la vida de París!.. Dicen que en Suiza hay casas de huéspedes muy baratas. Y a Lilia... ¡le sería tan saludable!.. ¡Si pudiese usted encontrarlas, cerca de usted!..

- De esta manera, insinuó Luisa, no estaría usted separada de Gilberta. Se la dejaremos. Pero, en ciertas circunstancias, yo estaré allí para acompañarla. Así nadie tendrá que decir.

Al decir esto, pensaba en la portera de la calle de Surcouf y en la jornalera, a quienes podría anunciar con orgullo: «Parto para Suiza, por cuestión de salud de mi pequeña Natalia. Dicen que los doctores de Lausana enseñan una higiene maravillosa para los niños.»

Continuó en alta voz:

- Pero la cuestión es ésta: ¿Existen en los puntos aristocráticos adonde usted irá, casas bastante modestas, al alcance de nuestro modesto bolsillo?

- ¿Quiere usted callar?, exclamó Gil. No consentiré que ustedes gasten a causa de Gilberta y por causa mía. La invito a usted, Luisa, con Lilia y Bernardo.

Claircoeur rebotaba de júbilo. Se le quitaba de sobre el corazón un gran peso. Obsequiando a los Andraux con un veraneo de lujo (conocía su vanidad), estaba segura de que suspenderían aquella persecución sorda con que la desolaban desde que se ocupaba en el teatro. El placer, la economía, la vida íntima, en familia, ablandaría aquellas naturalezas secas. Además, verían de cerca lo serio de su esfuerzo y lo irreprochable de su actitud. Si... quizás... había hecho mal en invitar con tanta frecuencia a Fagueyrat a almorzar o a comer... sobre todo habiendo una joven en casa. Pero, después de una sesión de trabajo, eso se hace tan naturalmente... Allí, en Suiza, estarían todos juntos. El actor no iría... o iría muy poco.

Tales reflexiones se las guardó para sí, sin mostrar más que la alegría de la combinación. «Amigos míos, no me den ustedes las gracias. No saben el placer que me causan. ¿Cómo no se me ocurrió eso antes?» Un poco más y se hubiera excusado de haberse querido dar algunas semanas de reposo fuera de París, sin asociar «la familia».

Los dos Andraux le besaron y se llamó a los hijos. Se les hizo adivinar la noticia. Aunque puestos sobre la ruta, no se atrevían a formular una esperanza tan inaudita. Ante la certeza se volvieron locos de alegría. Bernardo y Natalia expresaron esa felicidad maravillosa de los primeros años de la vida, esa felicidad sin sombras, que se experimenta a su edad por poca cosa, y que todos los tesoros del universo no nos restituirían, una vez pasada la adolescencia. Colmaron de caricias a la tía Gil mientras que Gilberta le decía, con una mirada indefinida y bañada en una tierna lágrima:

- ¡Madrinita... si supieras!.. Necesito ir muy lejos, así, con todos los míos. ¡Te lo agradeceré toda mi vida!

Más tarde, cuando los Andraux se hubieron marchado y su ahijada le hubo dado las buenas noches, Claircoeur se encerró en su gabinete de trabajo. No porque una súbita inspiración le impulsase a anotar algún asunto de novela o a modificar alguna escena de su drama. Sacó de su cajón de doble fondo un libro de cuentas, una cartera y una bolsita de cuero que contenía recibos de valores.

Compulsó largo rato estos diferentes objetos, resumiendo sobre un *bloc-notes* el resultado de sus cifras. Examinó también un indicador de ferrocarriles y una guía de Suiza, en que se hallaban los precios de hoteles y casas de huéspedes.

Por último, buscó en un saco y sacó de él varias facturas — pagadas. (Claircoeur pagaba siempre al contado.) Por sus dedos, un poco febriles, pasaron cuentas de costureras, modistas, floristas, joyeros, encajes, vinos y licores. Luego recibos doblados, que guardó en seguida, sin desdoblarlos y sin volverlos a leer.

Claircoeur apoyó los codos sobre la mesa y suspiró.

«¿Qué año!..», murmuró. «Si mi drama no fuese más que un éxito mediano...»

Pero se encogió de hombros y dijo:

«Vamos... Fagueyrat pone todo su porvenir de director y empresario sobre *Las desdichas de una modistilla*. Arriesga más que yo. Y no duda.»

Añadió más bajo, muy bajo — lentamente como si saborease las palabras:

«Combatir juntos... Triunfar juntos...»

Una sonrisa hizo desaparecer de su rostro toda huella de preocupación. Una sonrisa sutilmente femenina, una sonrisa deliciosa, que la iluminó y embelleció. Pero nadie estaba allí para descubrir en ella toda la juventud inutilizada, la frescura de alma, la abnegación inagotable, la gracia y... el amor... Sí, había amor y gracia en aquella sonrisa..., más que en muchos labios primaverales y colmados de caricias.

Aquella sonrisa fué tan fuerte, que, en su presencia, cifras y facturas, debe y haber, se desvanecieron, dejaron de existir. El tesoro con tanta paciencia reunido, el fruto de tantos años de labor, toda la dura existencia de mujer, los resultados arrancados a las manos recalcitrantes de la suerte, la seguridad del porvenir, nada contó ya.

Claircoeur empujó en mescolanza, al fondo del cajón, carteras, libro de balance, recibos de títulos y estados de venta. Dió vuelta a la llave. Y sonriente, conducida por su ilusión, fué a sonreírle aún — en ensueños.

VIII

Hay moradas de un aspecto tan dulce que al verlas de paso les atribuimos una magia de sosiego. Un instante deseamos vivir en ellas. ¡Vivir!.., es decir, llevar allí la pulsación siempre inquieta, si no dolorosa, cuyo ritmo único hace de cada uno de nosotros un ser entre todos los seres. Vivir... En los estremecimientos de la carne, siempre agitada por un apetito o por un malestar, y cuyo frágil bienestar se halla suspendido entre algunos grados del termómetro. En los estremecimientos más misteriosos, más desconcertantes, del alma, cuya felicidad está en oposición con la vida. El que poseyera la felicidad, dejaría de vivir, porque cesaría de luchar, de esperar, de recordar, de obrar.

Sin embargo, delante de una morada dulce, dividida al pasar, nos imaginamos que podríamos vivir en ella — sin hacer entrar con nosotros la tormentosa vida.

Desde la cubierta de los vapores que surcan el lago de los Cuatro Cantones, entre Vitznau y Lucerna, los viajeros detenían sus miradas sobre una casa baja y larga, de líneas sencillas, cubierta de tejas oscuras, enguinaldada de verduras trepadoras, y cuyo jardín termina en una terraza a pique sobre las aguas transparentes. En el borde de esta terraza una hilera de glicinas arborescentes alza ramas enormes, torcidas como cables, y echa sobre el ligero techo de una glorieta las más admirables colgaduras de follaje. En aquel mes de agosto, cuando se abrieron las ventanas de aquella casa deliciosa y se instalaron habitantes en ella, la segunda floración de glicinas colgaba entre el fino follaje una profusión de gruesos tirso color de lila. Algunos pendían del extremo de larguísimos tallos hasta rozar con la superficie del lago. Y los turistas, que almorzaban bajo el toldo de los vaporcitos prorrumpían en exclamaciones de admiración y entusiasmo. Más de una boca algo triste retenía el suspiro: «¿Qué bien se viviría ahí!»

Claircoeur la había descubierto, poco después de su instalación en Lucerna en un hotel dispendioso. La novelista había pensado también: «¿Qué agrada-

ble sería vivir ahí!» Y sobre todo: «¿Qué bien se bajaría ahí!» Porque estaba impaciente por poner otra novela en el telar. ¡Sus cargas habían aumentado tanto! ¿Qué daría el teatro? La confianza en el éxito de su drama, en ciertos momentos, se descolgaba, por decirlo así, de su corazón. Vacío glacial, vértigo de espanto. Su mano temblorosa buscaba un apoyo.

En la terraza de las glicinas, delante del agua verde, silenciosamente encerrada entre las altas montañas ¡con qué facilidad escribiría! ¡Qué hermoso trabajo haría allí, durante cinco o seis semanas, en la exaltación de semejante naturaleza! Para su alma de parisiense, transportada a los sitios más maravillosos del mundo, el encanto obraba como una embriaguez estimulante. Estaba impaciente por instalar una mesa bajo la bóveda de las colgaduras floridas, poner sobre la mesa las cuartillas y pensar con la pluma en la mano.

La casa, a pesar de su aspecto delicioso, se alquilaba barata, por estar bastante deteriorada y desprovista de toda comodidad moderna. Claircoeur realizaría una importante economía sobre la vida de hotel, desde el momento que tenía que albergar a varias personas. Luisa Andraux, Gilberta y la pequeña Natalia la acompañaban. Y estaba tácitamente convenido que Teófilo y Bernardo irían a pasar con ellas algunos días.

A la novelista le pareció más práctico establecerse en las «Glicinas». Hizo venir de París a su camarera, Celina. En cuanto a Guillermina, su camarera, que ya había marchado con licencia al fondo de la Bretaña, la reemplazó temporalmente por una suiza.

Reemplazarla no era tan fácil de hacer como de decir. Sólo después de un ensayo desdichado, de algunas gestiones con la gente de su país, cuyo dialecto germánico ignoraba, y de enojosas diligencias, Claircoeur logró hacer marchar medianamente su cocina y su servicio. Luisa Andraux, considerándose como convidada, no se ofreció nunca para ayudar en nada. Esta pequeña burguesa de Grenelle no vaciló en manifestar cierto mal humor, a propósito de una comida en que se sirvieron pastas cocidas, con denominaciones imposibles de pronunciar, acompañadas de coles rojas aderezadas con confitura, ni en declarar que se haría daño en los riñones el intentar siquiera hacer su cama. Se la oyó refunfuñar: «En mi casa tengo una criada para servirme. No vengo a casa de los demás para rebajarme a hacer el trabajo de una criada.»

Si se hubiese contentado con no ayudar a su huésped... Pero trastornaba sin escrúpulo la casita, ya porque le subían agua que no era bastante caliente, ya porque un postigo no se cerraba del todo bien, o por una araña que se pasease por el techo.

La segunda noche, cuando Claircoeur, cansadísima por haber colocado papel sobre las tablas de los armarios, algo carcomidos; por haber tenido que ir muy lejos para alquilar colchones y abrigos de cama que le faltaban y por haber enseñado a Gilberta a planchar blusas que la joven había embaldado mal, buscaba nerviosamente sobre la almohada un sueño que no venía, unos gritos terribles la hicieron saltar de la cama. Asustada corrió al cuarto de Luisa. La pequeña Natalia, que compartía este cuarto con su madre, añadía agudos clamores a los ahullidos de la señora Andraux.

Desfalleciendo de angustia, Claircoeur cogió el pomo de la puerta. Pero el cerrojo interior estaba echado. Y como que no le abrieron en seguida tuvo el tiempo de suponer las peores catástrofes. Seguramente las desdichadas habían pegado fuego a la estancia. Luisa se quemaba viva con su hija.

La llegada de Gilberta y de Celina, en paños menores, las intimaciones, las súplicas de las tres mujeres, provocaron al fin, en el interior del cuarto, un paso rastrero, el gesto de un brazo medio paralizado... Corrió el cerrojo y se abrió la puerta. Extenuada por el esfuerzo, Luisa volvió a caer contra su cama, estrechando convulsivamente a su hija sobre su pecho.

Nada de siniestro apareció. Dos velas iluminaban una habitación tranquila. Había una ventana abierta a la espléndida noche de verano, al jardín, al lago, en que bailaban las estrellas, al muro roqueño cubierto de aterciopelados ropajes negros, en último término, muro de mil metros, sobre el cual brillaban azulados glaciares.

Luisa y Lilia gemían ahora, al cabo de tantos gritos y de tanto horror.

¿Qué ocurría?

— ¡Oh! ¡ese animal!.. ¡ese animal!.. ¡ese monstruo!.. balbuceó la señora de Grenelle.

— ¿Qué monstruo?.. ¿Qué animal?..

— Debe de ser un murciélago.

Gilberta no pudo contener la risa. Pero un ligero

estremecimiento la sacudió. Un vuelo sedoso le rozó la mejilla. En torno de las velas, revoloteó una cosa oscura y azorada.

— Es una mariposa, dijo Claircoeur.

— ¿Una mariposa?.. ¡Ese innoble animal!.. ¡Usted está loca, señora!, gritó Luisa.

El vuelo palpitante subía ahora hacia el techo blanco, tropezando ciegamente con él, en los movimientos reflejos de las luces. Y el velludo cuerpo del insecto, sus alas afelpadas, dejaban a cada golpe, en la inmaculada superficie, una mancha de ceniza viviente.

— Es una mariposa del género de los esfinges. Entró por la ventana. Debe de haber colmenas cerca de aquí, pronunció tranquilamente la novelista. Ven, Natalia, no tengas miedo, añadió separando a la niña del cuerpo convulso de Luisa. Mira, no es más que una gruesa mariposa de noche... Saqueadora de colmenas... Aficionada a la miel... Enemiga de las abejas. Pero no puede hacerte ningún daño. Vamos a cogerla y la verás mejor. Un hermoso esfinge calavera.

Natalia, cuyos nervios pueriles acababan de ser descompuestos por su madre, cayó casi en convulsiones.

— ¡No quiero!.., no quiero ver ninguna calavera. ¡Llévame de aquí, mamá!.. ¡Llévame!

Pero Luisa no volvió a protegerla. Avergonzada de haber hecho tanto ruido por una mariposa, simulaba el desmayo. Hubo que darle palmadas en las manos e inundarla de agua de Colonia.

Volvió en sí para seguir de reojo la caza del esfinge.

— Si no lo matan ustedes, suspiró, no dormiré aquí. Preferiría morir.

Y concluyó diciendo:

— No lo cogerán ustedes. Hace falta un hombre en esta casa. Mañana telegrafiaré a Teófilo. Es una insensatez esto de que mujeres solas vivan así, sin defensa, en una habitación solitaria. Sabe Dios lo que puede suceder. ¡Qué lección!.. ¡Ah!, sí, ¡es una lección!.., repitió ella, después de un ahullido — porque el esfinge, extenuado, acababa de posarse cerca ella.

— ¡Sobre mi almohada!.. ¡qué abominación!.., bramó ella.

Sobre la blancura de la funda de la almohada, las alas felpudas se hallaban extendidas, inmóviles, cansadas de haber llevado tan locamente el pesado cuerpo. Los grandes ojos nocturnos del esfinge brillaban como dos perlas de azabache bajo las vibrantes antenas. Pasaban ondas de angustia bajo su ropaje a rayas amarillas y atezadas. ¡Qué suma de espanto, de desaliento, de sufrimiento misterioso, representaba aquella ínfima cosa viva, apenas del tamaño de un dedo meñique de mujer, entre las grandes abatidas y resignadas!

Muy pronta para una persona desfallecida, la señora Andraux cogió del suelo una de sus botinas, que se había quitado momentos antes, y la levantó como una maza.

— ¡No haga usted eso!, exclamó Claircoeur, no haga usted eso!..

Sus dos manos, protegiendo al insecto, recibieron el golpe que Luisa tuvo apenas tiempo de atenuar.

— No se excuse, yo lo arriesgué, dijo Claircoeur.

Y, cogiendo delicadamente la mariposa, la echó fuera, cerrando inmediatamente después la ventana.

— Ahora, mi pobre Gil... va usted a tener que darme otra funda de almohada, profirió la señora de Grenelle.

Y su mirada se fijó con asco sobre el polvillo obscuro, tan sutil, casi inmaterial, impregnado de oscuridad y de aire salvaje, que dibujaba una forma alada donde la esposa de un jefe de negociado tenía que descansar la cabeza, untada de brillantina y cubierta de papillotes.

Llegó sin embargo un día en que, libre de aquellos disgustos domésticos, la novelista quiso realizar su proyecto de trabajo en la terraza de las glicinas. Mandó llevar allí una mesa y fué con un paquete de cuartillas en blanco, cuyo volumen atestiguaba una buena disposición y voluntad.

La mañana de agosto resplandecía. El lago, de un vivo azul de zafiro, entre el marco inmediato de los árboles, parecía negro, en frente, en la sombra del muro roqueño, y se vaporizaba, en lontananza, entre malas fluidas, con su estuche de montañas. Allí, donde los promontorios enormes lo aprietan, donde parecía terminar, sus aguas no se distinguían de la ribera más que por una línea de jacinto. Todo se esfumaba, hasta las formidables montañas, en una atmósfera de perla y azul.

Contra aquel paisaje, irreal a fuerza de inmensidad, las verduras desordenadas y encantadoras del

jardín adquirirían un color y un relieve excesivos. Cada arcada de la débil glicina encerraba un alpe azul.

Al sol, los perfumes se volatilizaban. Claircoeur, siguiendo el sendero indistinto, pisaba romeros, espliegos y mentas. A su paso, las plantas holladas volvían a levantarse, sublevándose en la exasperación de su alma odorífera.

¡Qué bien se escribiría, aquella mañana, bajo el emparado florido y sobre el agua fresca y misteriosa del lago!

Dos escalones musgosos daban acceso a la terraza. Petrificada, Claircoeur se detuvo, con sus cuartillas trágicamente apretadas sobre el pecho.

Luisa Andraux estaba allí, de bata japonesa, sentada en un sillón de mimbre. Tenía un libro en la mano, ella que se defendía mal de detestar la lectura.

— ¿Viene usted a escribir aquí, mi buena Gil? Yo no la distraeré. Como usted ve, estoy leyendo.

¡Que no la distraería!.. cuando la presencia de todo ser viviente, a excepción de Criqueta, paralizaba a la escritora.

— Pero, añadió la señora Andraux, examinando el camisolín y la falda de hilo que su huésped llevaba, ¿no le parece a usted, amiga, que no está de más vestirse un poco para estar aquí? ¡Estamos tan en evidencia en una terraza! No puede usted figurarse... Los pasajeros del vapor de Lucerna, hace un rato, cogían sus gemelos para mirarme.

Claircoeur examinó la bata japonesa. Seguía sin palabra. Se le aparecía lo irremediable. Luisa no abandonaría ya el emparado. Se exhibía allí para el público. El público eran los vapores y sus turistas incesantemente renovados. Se la tomaba por la feliz señora de la pintoresca morada. La dama de Grenelle se convertía en la dama de las glicinas. Quizás, a distancia, y a pesar de los gemelos, se le descubría alguna gracia, un capricho de artista en los matices agresivos de su «kimono». ¡Por esto tenía un libro en la mano!

El eterno crochet, su habitual ocupación, no dibujaría en el espacio un gesto bastante distinguido. Luisa cuidaba su actitud. La satisfacción de producir efecto le haría olvidar el fastidio de la sujeción y el vacío de las horas. Se pasaría todo el mes de agosto bajo aquel emparado. ¿Esperaba que al cabo de ese tiempo Baedeker la señalaría?

— No venía para... para... trabajar, farfulló Claircoeur. No puedo escribir al aire libre. Quería ver el golpe de vista del lago, a estas horas.

Se adelantó hasta la balastrada — herraje viejo bastante elegante, suntuosamente oxidado. Y el golpe de vista fué sobre todo el golpe al corazón. ¡Qué hermoso era! ¡Y qué ruido acariciador hacían las olitas, contra las viejas piedras de sostenimiento, cubiertas de orchillas rojas y musgos verdes!

Claircoeur seguía contemplando el cuadro cuando una exclamación la sacudió:

— ¡El vapor de las diez! Sale de Vitznau. Si usted no quiere que la vean en ese traje...

A fin de no humillar a la bata japonesa, la novelista abandonó la terraza. Escribiría en su cuarto. Pero... ¿podría escribir en él?.. A pesar de su facilidad de invención y su abundancia narrativa, acababa por encontrarse, en la trastornada atmósfera de su vida, más sujeta que antes a las influencias exteriores, a las susceptibilidades de sus nervios, quizás

también a las secretas y desiguales palpitaciones de su corazón. Una inquietud, antes ignorada, la de no encontrar, de quedarse corta, o más bien la de no satisfacerse con las mismas imaginaciones, con las mismas formas, la atravesó como una viva herida, aquella mañana espléndida, en que sintió por primera vez el reto de la belleza, el majestuoso reto de una belleza intraducible, en medio del perfume de los espliegos y de las mentas del jardín inundado de sol.

de largas horas de escritura. Otra pequeña decepción — la de no ver a su lado, al levantar los ojos de su «original», aquel lindo hociquito, aquella brillante y húmeda mirada — no humana, no, mejor que humana, porque ardía en decirlo todo, sin ayuda de ninguna palabra, sin el desvío de las pupilas cuando la palabra miente.

Aquí, Criqueta no se resignaba a permanecer en el cuarto. El jardín silvestre que olía a espliego, pero que, para ella, también olía a topo, a lirón, a musgaño, a toda una fauna astuta, había despertado sus instintos de animal cazador. Se la veía correr de pronto, con furiosos ladridos, precipitarse sobre un marco de tierra blanda, que, sin duda, acababa de levantar alguna huída silenciosa. Escarbaba con la nariz y con las patas, con increíble velocidad. Metía su hocico en la cavidad, resoplando, aspirando vapores animales, con que su almita furibunda se embriagaba.

Quando se conseguía arrancarla de allí, el lindo animalito de salón mostraba una faz terrosa y azorada, con sangrientos rasguños, un ojo hinchado y fauces feroces. Claircoeur la creía ciega, la lavaba con agua bórica, se indignaba contra Gilberta y Lilia, a quienes la figura cómica de Criqueta, con un guiño involuntario, arrancaba risas convulsivas.

Pero era al anochecer, sobre todo, cuando la apasionada criatura se alocaba. Oía y veía cosas indiscernibles para los habitantes de las «Glicinas». Las matas de hierba movidas por el viento, los tallares oscuros en que crujen las ramas y las hojas secas, convertíanse para Criqueta en otras tantas madrigueras en que intentaba desenfundadas hazañas.

Cierta noche arrastró hasta la puerta del comedor un erizo joven, cuyas púas, aunque sin fuerza todavía y sin experiencia, le ensangretaron el hocico. Se le quitó con una pala aquella bola inerte, que Lilia no podía creer que fuese un animal vivo.

Para que la niña viese, a la mañana siguiente, a la luz del día, la pequeña fisonomía porcina, se metió el erizo en una cabañuela del jardín, en que se hallaban diversos utensilios, y, entre otras cosas, una lata de pintura verde, con la cual Gilberta quería repintar los postigos de la fachada baja. Criqueta hubiera ladrado toda la noche delante de aquel chiribitil si no la hubiesen apartado a la fuerza. Pero, al día siguiente, encontraron ahogado al erizo en el pote de pintura. Aunque trataron de ocultar el drama a Lilia, ésta acabó por enterarse de aquel fin lamentable. Lloró largo rato, segura de que el erizo, no pudiendo soportar el horror de aquel cautiverio, en un sitio que ella consideraba como terrorífico de noche, se había suicidado. ¡Cuánto había debido sufrir para llegar a tal extremo!

Aquella tierna Natalia fué durante aquel agitado veraneo el mejor descanso, el verdadero solaz de Claircoeur. Gilberta, con su aire distraído, su melancolía, la palidez de su hermoso rostro cansado, sus reflexiones de desencanto o de amargura, añadía un motivo de inquietud a las preocupaciones de su madrina. Su intimidad se resentía de ello, perdía el abandono y la confianza. Una timidez paralizaba a la madre adoptiva ante el enigma de aquella joven sensibilidad que se ocultaba en mayor silencio a medida que la vida se la revelaba a sí misma. Claircoeur se asombraba, sufría de tropezar con la incom-



Se encontraban aislados, en aquel salón de hotel, detrás de un biombo...

¿Se volvía más difícil para sí misma, por la revelación de sentimientos que las categorías simplistas ya no encerraban? Las grandes palabras — las palabras tan grandes que resultan vacías — empezaban a inspirarle desconfianza? ¿Debía atribuirlo a esta escuela de concisión que se llama el teatro? El mero hecho de oír sus largos párrafos en el tono de diálogo en que debían ser dichos, se los hacía intolerables. ¡Lo que las tijeras habían trabajado, en el trabajo del drama, con Fagueyrat!.. Pero, después de esto, ¿cómo emprender una de aquellas novelas de folletín de antes, una de aquellas novelas de cuarenta mil líneas, en las cuales, de una hora a otra, intercalaba veinte páginas, en cualquier sitio, si las exigencias del periódico las reclamaban de su facundia siempre dispuesta?

¡Pobre valiente obrera de las letras! ¿Iba a conocer, fuera de la sana fatiga del oficio, los tormentos del arte? Tormentos inútiles e inconfesables, como los del amor, cuando la juventud del espíritu y la juventud de la carne han pasado sin hacer brotar las divinas flores.

Agobiada de tristeza, y sin analizar su desconcierto, Claircoeur se volvió a su cuarto. Divisó entre malezas el blanco lomo de Criqueta. Llamó a la perrita. Pero Criqueta se hizo la sorda. Criqueta, en Suiza, no era, para su ama, la compañera paciente

de la mañana siguiente, a la luz del día, la pequeña fisonomía porcina, se metió el erizo en una cabañuela del jardín, en que se hallaban diversos utensilios, y, entre otras cosas, una lata de pintura verde, con la cual Gilberta quería repintar los postigos de la fachada baja. Criqueta hubiera ladrado toda la noche delante de aquel chiribitil si no la hubiesen apartado a la fuerza. Pero, al día siguiente, encontraron ahogado al erizo en el pote de pintura. Aunque trataron de ocultar el drama a Lilia, ésta acabó por enterarse de aquel fin lamentable. Lloró largo rato, segura de que el erizo, no pudiendo soportar el horror de aquel cautiverio, en un sitio que ella consideraba como terrorífico de noche, se había suicidado. ¡Cuánto había debido sufrir para llegar a tal extremo!

Aquella tierna Natalia fué durante aquel agitado veraneo el mejor descanso, el verdadero solaz de Claircoeur. Gilberta, con su aire distraído, su melancolía, la palidez de su hermoso rostro cansado, sus reflexiones de desencanto o de amargura, añadía un motivo de inquietud a las preocupaciones de su madrina. Su intimidad se resentía de ello, perdía el abandono y la confianza. Una timidez paralizaba a la madre adoptiva ante el enigma de aquella joven sensibilidad que se ocultaba en mayor silencio a medida que la vida se la revelaba a sí misma. Claircoeur se asombraba, sufría de tropezar con la incom-

previsible, en aquella alma en que siempre había visto claro, y que ella se imaginaba haber formado. Como si los complicados resortes de una individualidad humana pudieran ajustarse, amoldarse y funcionar conforme al sistema de otra individualidad humana. La novelista ingenua descubría lo que su imaginación, con ser tan fértil, no le hubiera representado jamás: el abismo que separa una generación de la que la sigue inmediatamente — abismo que la desconfianza irónica de la última hace infranqueable.

Pero había allí una niña, Natalia, constituida en protectora de la tía Gil. Velaba por la tranquilidad de su trabajo, iba a recomendar que evitasen los portazos, que no hablaran demasiado alto en la cocina. Se la oía hacer discursos a Criqueta para persuadirla de que no prorrumpiese en ladridos súbitos y estridentes. Una mañana en que la camarera, enferma, no había podido hacer su trabajo, Natalia trató de hacer la cama de su madre y la suya. Hizo bien la más pequeña; pero al querer volver el colchón grande, sus bracitos flaquearon... Resbaló por debajo. Al ruido que hizo con los pies, acudió Claircoeur que se espantó, al ver dos pantorrillas con calcetines fuera de un montón informe, encima del *sommier*.

— ¡Ah! ¡qué buena eres!, exclamó la novelista desentredando a la niña, que no era más que una cargada bajo los rubios bucles enmarañados. Quisiera tenerte también por ahijada, si tu mamá consintiese en que vinieses conmigo.

— Consentiré, tía Gil, pero cuando yo ya sea más grande. Y entonces tú ya no me querrás. Siempre tendría una que ser pequeña, para que las mamás y las madrinas la quisieran muchísimo.

— Sois vosotras, pícaras, las que cesáis de querernos cuando habéis crecido, replicó la tía Gil, estrechándola contra su pecho con un suspiro.

Pero el silencio malicioso de la niña confirmó mejor que toda palabra la mala inteligencia adivinada por la actitud de su hermana, y que ella sufriría a su vez, aportando a él su parte de obscuridad.

Sin embargo, ¿qué eran aquellas escaramuzas de la vida al lado de los asaltos de que iban a estremecerse las tranquilas Glicinas?

Llegó un ruido hasta ellas, hasta aquella bóveda de follaje y de flores, suspendida sobre un agua sin tormentas, el más gracioso de los retiros, el menés a propósito para repercutir los chismes de bastidores.

Divulgó aquel rumor un periódico local, del cual se hizo eco la cocinera suiza o algún proveedor. Una actriz francesa — calificada de «gran artista» por los fondistas de esa Oberland, que el reclamo deshonraría, si fuese posible deshonrar las nieves perpetuas — una actriz llamada Blandina Jazmín, cuyos trajes habían emocionado a la Junfrau, trastornado el Cervino, humillado la franja de iris y plata del Lauterbach, se casaba con un marqués auténtico, con el marqués de Sepol. No se hablaba de otra cosa en los Alpes — en los mundanos. Ninguna montaña de nombradía lo ignoraba. Desde la cúspide hasta la base del Rigi, cada pequeña locomotora chata, agarrada a la cremallera, silbaba la noticia.

Claircoeur, con una fuerza absolutamente inútil, declaró que no lo creía. La señora Andraux observó que era posible, puesto que ¡los hombres eran «tan tontos»! Según ella, no había uno solo que distinguiese una mujer honrada de una farsante.

Como la novelista le sugiriera, respecto a Teófilo, una excepción cortés, se acarrió un ¡«pfut»! de desenvoltura extraña, acentuada por un encogimiento de hombros.

Gilberta, que asistía a la conversación, se levantó sin decir una palabra y desapareció, dejando su plato medio lleno — pues estaba a mitad del almuerzo.

Lilia, apenada, la siguió con la vista. Otro de aquellos incidentes incomprensibles en que ella encontraba la manifestación de este hecho: «Cuando una es grande, ya no se entiende con los padres.»

— Quizás ha creído que hacía usted alusión a mi hermana, murmuró la tía Gil, en un reproche más doloroso que severo.

— ¿Su hermana?... ¡Psé!, mi pobre amiga, no se puede negar que es su sangre la que corre por las venas de la muchacha. Y a su hermana le faltó, al menos, prudencia...

— ¡Hágame usted el favor!..

— Si Gilberta se largó de una manera tan inconveniente, es porque se hablaba de la amiga de nuestro grande hombre, de nuestro Sr. Fagueyrat. ¿No se ha fijado usted en la cara que pone cuando se trata de él y de su damisela?... ¿No?... Pues abra usted los ojos. Lo que hace esa chica es completamente ridículo. No sé qué pensaría de eso su padre. ¡Si es que un hombre puede tener la menor clarividencia!.. Pero, después de todo, Gilberta no es mi hija..., ni siquiera mi ahijada. ¡Me tiene sin cuidado!..

Claircoeur experimentaba todavía el malestar pro-

ducido por esa insinuación, cuando le entregaron un telegrama, cuya impresión presintió antes de abrirlo. El empleado de Telégrafos esperaba constestación.

Fagueyrat, que había salido de París para verla, y se hallaba retenido en Lucerna por una angina, le rogaba que fuese a hablar con él. El caso era de una extrema urgencia.

La autora de *Las desdichas de una modistilla* se puso violentamente colorada. Por fortuna, Luisa había sido retirado. No había allí más que la cocinera a ver «si la señora quería devolver un papel».

Una premura, que ella creía únicamente relativa a su ansiedad por su drama, hubiese precipitado a Claircoeur hacia la próxima estación de vapores. (¿El tiempo de ir a Lucerna y volver antes de la comida?... Sí... Sin duda, si las correspondencias eran favorables.) Pero ¿qué pensaría Luisa? ¿Cuántas ironías mal disimuladas no tendría que oír sobre tanta precipitación? — sobre todo si algún retraso complicaba la expedición. Gilberta, boca silenciosa, rostro que ya no se dejaba leer, apareció también ante el corazón tembloroso. Hasta Lilia se interpuso. Porque el ser zaherida y censurada en presencia de la niña era perder un poco de la pueril adoración. Cautiva de su ternura por aquellas a quienes dispensaba la dulzura de vivir, Claircoeur no maldijo sin embargo su dependencia. La inactividad de sus facultades amativas le parecía más terrible que las sujeciones.

A Fagueyrat, le prometió su visita para la mañana siguiente.

Y, a pesar de todas sus precauciones, de toda su pobre habilidad, cuando subió, a las ocho y cuarenta del día siguiente, al puente del vaporcito, en la estación de Vitznau, Gil experimentaba una contracción nerviosa, un malestar confuso, causados por las últimas miradas que la habían seguido, sentimiento de tal malestar como no lo tienen a menudo en igual grado muchas personas que obran mal.

Como Vitznau está situado más allá de las «Glicinas», relativamente a Lucerna, Claircoeur tenía que pasar por delante de su deliciosa terraza — ¡la terraza prohibida! De lejos, buscó con la vista la bata japonesa. Le enviaría una señal amistosa con la mano, una cordial agitación de pañuelo — bandera blanca, símbolo pacífico. ¡Ay! ninguna cacofonía de colores pseudo-orientales brillaba bajo el armonioso pórtico. Cosa inaudita: la desdeñosa ausencia de Luisa fué, una vez al menos, deplorada por una pasajera. La dama de Grenelle brilló por su ausencia entre los racimos lilas columpiados sobre el lago. Sólo Criqueta, asomada por entre los hierros de la barandilla, con un furor que estuvo a punto de precipitarla, a los ojos aterrados de su ama, lanzó al vapor injuriosos ladrillos. Claircoeur, confundida con los viajeros regocijados, en vano la llamó por su nombre; la perrita, cuya vista valía mucho menos que el olfato, no distinguió a su «mamaíta». Un viento contrario se llevaba la voz de ésta. Y fué preciso que la impresionante mujer, sin ver nada del sublime cuadro que se desplegara, se alejase, llevando, entre su bagaje de pequeñas mortificaciones — ramo de ortigas en la cintura, con que sus manos rozaban —, la imagen de una Criqueta exasperada, renegada y blasfema.

— ¡Mi querida autora! ¡Qué buena es usted! ¡Pido a usted mil perdones!

Era el gran salón — espejos que no se distinguían de las ventanas abiertas; blancas esculturas, sillas carmesí, butacas giratorias, divanes inmensos, poltronas con orejas, en torno de mesas protegidas por planchas de cristal y cargadas de periódicos ilustrados — del más nuevo de los «palaces» de Lucerna. El señor director de las Fantasías Louvois no viajaba como un corredor de géneros de punto. Hubiera perjudicado a sus autores ofreciendo mediocre apariencia. En interés de ellos no escatimaba los «gastos generales». Ellos debían tener en cuenta tan generosa buena voluntad.

Con sincero impulso estrechó las manos femeninas, tan leales, y experimentó una cordial satisfacción al mirar el claro rostro de ojos directos. Hasta el día antes, había cruzado, entre el faubourg Montmartre y la Magdalena, tantas miradas obsequiosas o irónicas, insistentes o demasiado desviadas, acechando su debilidad — (¿no se le podría engañar? — procurando discernir sus preocupaciones, su fracaso futuro) — (¿a qué abandonar a sus compañeros y creer que tenía condiciones de empresario?)

— ¡Qué placer me causa verla, mi buena amiga! Ella escuchaba esto como una música. ¡Cómo! ¿Era posible? ¿Podía ser necesaria a aquel brillante joven que, poco antes, de lejos, le parecía moverse en regiones de placeres perpetuos, en esos jardines orgullosos, floridos, en que brillan los guapos mozos y que imaginan confusamente las pobres mujeres sencillas y humildes, sin osadía ni seducción, las que ignoran, las que no cuentan para ellos.

— Le encuentro a usted algo cambiado Sr. Fagueyrat.

— ¡Oh! no vaya usted a tratarme de «Sr. Fagueyrat», dijo él riendo.

Y añadió:

— ¿Cambiado?... ¿en favor?... ¿o en perjuicio?... A ver si una mujer puede ser franca.

— Lo soy, afirmó ella. ¡Oh! sin mérito alguno. ¿A quién le importa lo que piensa una modesta literata?... Una solterona. Digamos una solterona. Porque en realidad, mi matrimonio no cuenta...

Se detuvo y se puso colorada. ¿Qué necesidad tenía de revelar la penuria amorosa de su existencia? ¡Luisa Andraux se hubiera burlado cruelmente! Y con razón.

— Diga usted, señora de Claircoeur, ¿se vuelve usted coqueta? Es coquetería eso de calificarse de solterona. Porque..., con esos ojos...

Los grandes ojos color de avellana — demasiado grandes, pero sembrados ahora por párpados que se acordaban de palpar — contenían una dulzura infinita. Fagueyrat, de buen humor — quizá vagamente emocionado —, continuó:

— ¡Y ese traje! ¡Qué bonito es ese linón bordado!

— Bordado suizo, explicó ella.

Fagueyrat volvió sobre lo que había en él de cambiado, a fin de obtener un cumplimento. Y lo tuvo. El bigote, que ya se dejaba crecer, le sentaba muy bien.

— De todas maneras, dijo, hubiera hecho con bigote mi papel en el drama de usted.

El bigote daba cierto carácter a un empresario, mientras que la cara afeitada designaba más al actor. Ya fuese a causa del bigote, o porque hubiese enflaquecido, tenía la cara más afilada, más nerviosa, más expresiva. Y la mirada, como siempre que se deja de tener la cara afeitada, ganaba en profundidad.

— ¡Qué conquistador va usted a ser, suspiró ella.

— ¡Yo conquistador!..

Levantó las cejas, acercó su butaca y tomó una expresión triste que le daba el aire inteligente.

— No se burle. ¿Usted sabe por qué he querido verla en seguida?

— No.

Claircoeur se había estremecido, asombrada de la transición. Una de esas locuras que sorprenden a las almas más sensatas fulguró, deslumbrándola. El rostro de Fagueyrat palidecía, descompuesto como por una espera, tan cerca del suyo.

— Blandina se casa, amiga mía, Blandina se casa con el marqués de Sepol.

Claircoeur le miró, muda desde luego. Después, se escaparon muy quedo de sus labios estas palabras que salían del fondo de su corazón tan femenino:

— ¡Sufre usted por ello, mi pobre amigo!

Suavidad de la voz, delicadeza de la piedad. El actor no había preparado su actitud.

Dos lágrimas, dos lágrimas espontáneas, bañaron sus pestañas.

— ¡Oh!, murmuró él, con bronco acento, volviendo la cabeza, esto pasará pronto.

Sin embargo, no pasó en el acto, pues Fagueyrat permaneció un momento sin poder hablar. Buscó la mano de Claircoeur y se la estrechó al extremo de hacerle daño. Se encontraban aislados, en aquel salón de hotel, detrás de un biombo y en el hueco de una ventana. Además, viajeros que atravesaron la inmensa estancia no se detuvieron en ella.

— ¡Qué estúpido soy!, ¿verdad?, dijo al fin el actor. ¡Pero usted es tan buena! ¡La siento tan amiga! Delante de ninguna otra persona, me hubiera abandonado a mi sentimiento..., delante de nadie. Ahora comprende usted por qué deseaba verla desde luego a solas... Y no en casa de usted. Lo de la angina... un pretexto. ¿Podía yo darme en espectáculo, lloriqueando como un imbécil, en presencia de una muchacha tan lista como su sobrina, la señorita Gilberta?... ¡Ella que se había burlado ya de mí a propósito de Blandina!.. ¡No hubiera vuelto a burlarse poco de mi ridiculez!..

— A su edad, no comprenden..., no sienten, dijo Claircoeur. Una niña.

Fagueyrat abrió los ojos con azoramiento, y luego se sonrió.

— ¡Eh!.., una niña que podría ser casi una mujer. ¿Cuántos años tiene?... ¿de veinte a veintidós?

— Va a cumplir veintiuno.

— Es mayor de edad. Y... ¿cómo sigue, la señorita Gilberta? Es encantadora, a pesar de su carácter burlón.

— Se ha corregido de sus impertinencias. Se ha vuelto poco comunicativa. Me apena mucho verla de este modo.

(Se continuará.)



San Andrés de Palomar (Barcelona). - Inauguración de la Biblioteca Pública Popular. (De fotografía de Merletti.)

En la populosa barriada de San Andrés de Palomar efectuóse el día 30 de noviembre último la inauguración de una Biblioteca Pública Popular, debida principalmente a la iniciativa y a los sacrificios de un modesto sacerdote, el Rdo. D. Juan Clapés y Cordera.

Presidió el acto el concejal Sr. Juncal en representación del Ayuntamiento, teniendo a sus lados al Dr. Mestres y al Sr. Puig y Cadafalch, en representación del Ilmo. señor obispo y de

los Sres. Ferrer, Cararach y Grau leyeron las biografías del arquitecto Sr. Torres Guardiola, del poeta Sr. Pons y Gallarza y del fabricante D. Fernando Puig, hijos ilustres de San Andrés, cuyos retratos pintados por los señores Zunzarren, Pizá y Montserrat figuran en sendos medallones en el salón-biblioteca.

Terminado el acto, que amenizó la banda municipal, las autoridades y los invitados fueron obsequiados con un *lunch*.

la Diputación provincial respectivamente, y a él concurrieron varios concejales, representantes del presidente de la Audiencia, del rector de la Universidad, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, del Centro Moral de Santa Eulalia y de otras corporaciones y distinguidas personalidades científicas y literarias.

Seguidamente el Rdo. Sr. Clapés leyó un hermoso discurso afirmando la influencia de la cultura en la libertad de los pueblos, explicando los trabajos realizados para la instalación de la biblioteca, enumerando las entidades y particulares que a ella han contribuido, excitando a las corporaciones populares a que tomen bajo su protección la nueva obra y a los amantes de la cultura para que la nutran con sus donativos y dando las más expresivas gracias a las autoridades, a las demás personas asistentes al acto y a todos cuantos le han ayudado para el mejor éxito de la empresa por él iniciada.

El ilustre dramaturgo D. Ignacio Iglesias, el Dr. Mestres, el Sr. Puig y Cadafalch y el Sr. Juncal pronunciaron elocuentes discursos ensalzando la obra llevada a cabo por el Sr. Clapés y señalando los beneficios que la cultura proporciona a los pueblos.



Parque canino de Eisenberg para la cría y el comercio de PERROS DE RAZA

RICHTER Y C.^a, EISENBERG S.-A.
142 Alemania

PROVEEDORES DE PERSONAS DE SUMA DISTINCIÓN, DE OFICIALES, DE ECLESIASTICOS, ETC.

Proporcionan TODA CLASE DE PERROS DE RAZA desde los MÁS GRANDES LADRADORES, de GUÍA y de VIGILANCIA hasta los MÁS PEQUEÑOS FALDEROS, PERROS DE GAZA y de POLICIA. Envío a TODOS LOS PAISES y en TODAS LAS ESTACIONES DEL AÑO. Garantía de procedencia sana, SERVICIO REAL, HONRADO Y FÁCIL. MAGNÍFICO ALBUM con ilustraciones y descripción de las razas con lista de precios. Pesetas 2,15 con abono en la compra. Lista de precios gratis y franco. NUMEROSAS CARTAS DE GRATITUD escritas ESPONTÁNEAMENTE son la mejor prueba de la EXCELENCIA DE NUESTRAS ENTREGAS.

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Los magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona.

DENTIFRICOS HIGEIA

ELIXIR
POLVOS
CREMA



AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS RES

JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INNSBRUCK, TIROL

ESTACION DE VERANO Y DE INVIERNO

HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE

FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE



ZEISS GEMELOS

PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA

PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»

De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por

CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA

Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

ANEMIA Debilidad Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts. París.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.



El aviador Edmundo Perreyrón, fallecido a consecuencia de un accidente desgraciado en el aeródromo de Buc. Perreyrón, que tenía treinta y un años, era conceptuado como uno de los primeros pilotos franceses; había realizado el raid Turín-Roma-Turín (1.200 kilómetros) y había ganado, entre otros, el record del mundo de altura solo (5.880 metros) y el record francés de altura con pasajero (4.060 metros.) (De fotografía de M. Branger.)



La notable aviadora francesa baronesa de Laroche, que en el aeródromo de Mourmelon-le-Grand ha volado 325 kilómetros sin escala, en cuatro horas, ganando con ello la copa «Femina» para 1913. La baronesa de Laroche sufrió, durante el mitin de Reims de 1910, una espantosa caída de cuyas consecuencias tardó muchos meses en reponerse, lo que no ha sido óbice para que volviese a dedicarse a la aviación con el mismo entusiasmo de antes. (De fotografía de M. Branger.)

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS
TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA
Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PAPEL WLINSI Soberano remedio para la rápida curación de las *Afecciones del pecho, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo, recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 31, Rue de Seine.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

LEITZ

GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA
SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS 28 St-Denis, 16

PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVÁ
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

PLAZA · D · LA · UNIVERSIDAD · 5 · **MOSAICOS BARCELONA**
ORSOLZ · SOLZ · Y · C